

teatro

MUERTOS EN VIDA

por Arturo Archondo Asch

Adaptación libre al género teatral,
con la debida autorización, de la
obra “Muertos en vida” de la escritora
Rosario Alarcón Mondonio.

Muertos en vida - teatro

Adaptación libre al género teatral, con la debida autorización, de la obra "Muertos en vida" de la escritora Rosario Alarcón Mondonio.

Arturo Archondo Asch

(SE ABRE EL TELÓN Y, CON EL ESCENARIO A OSCURAS, SE OYE UNA ESCENA VIOLENTA)

Flora.- (ROGANDO Y LLORANDO) ¡Sólo un mes don Facundo! ¡Espéreme un mes!

Facundo.- (FURIOSO) ¡Ni un día más, señora! ¡Ya me debe ocho meses de intereses!

Flora.- ¡Le juro que le voy a conseguir el dinero!

Facundo.- ¿Y de dónde diablos lo va a conseguir?

Flora.- ¡Aunque sea voy a vender mi alma, don Facundo!

Facundo.- ¡Eso mismo me dijo el mes pasado, doña Flora!

Flora.- ¡Por favor, piense en mis hijos!

Facundo.- (GRITANDO) ¡Sus hijos me importan un carajo! ¿Yo le mandé que los pariera?

Flora.- Ellos necesitan comer, don Facundo.

Facundo.- ¡Póngalos a trabajar!

Flora.- Los mayorcitos trabajan, los otros son muy pequeños...

- Facundo.- ¡Deben ser una bola de ladrones, de mañosos mendigos, como la madre!
- Flora.- ¡No hable así de mis hijos, don Facundo!
- Facundo.- (GRITANDO) ¡Yo hablo como me da la gana!
- Flora.- (ENÉRGICA) ¡No insulte a mis hijos, don Facundo!
- Facundo.- (GRITANDO) ¡Si me da la gana los insulto, y a usted también, vieja abusiva!
- Flora.- (GRITANDO) ¡El abusivo es usted, viejo usurero!
- Facundo.- (FUERA DE SÍ) ¿Me debe un montón de plata, y todavía me insulta? ¡Le voy a...!
- Flora.- ¡Baje su mano! ¡No se atreva a tocarme!
- Facundo.- ¿Ah, no? ¿Qué no me atreva? ¡Carajo...!
- (SE OYE UN GOLPE Y UN GRITO)
- Flora.- (GRITANDO Y LLORANDO) ¡Ayyy...! ¡Mi nariz! ¡Me ha roto la nariz!
- Facundo.- ¡Y le voy a romper el cuello...!
- Flora.- (GRITANDO) ¡No voy a dejar que me mate!
¡No voy a dejar que me mate...!
- Facundo.- ¡Suelte esa espada! ¡Suelte esa espada!
- Flora.- ¡No se acerque, don Facundo!
- Facundo.- ¡Le voy a romper el lomo, vieja miserable!

Flora.- ¡No se acerque, don Facundo!

Facundo.- ¡Venga aquí, vieja de porquería! ¡Venga aquí!
(SE ESCUCHAN RUIDOS DE UN FORCEJEIO
Y LUEGO UN GRITO DESGARRADOR)
¡Aaaayyy...! ¡La...espada...!

Flora.- (ASUSTADA) ¡Dios mío! ¡Se ha ensartado en
la espada!

(SE OYE EL RUIDO DE UN CUERPO QUE
CAE AL SUELO)

Facundo.- (CON LA VOZ DESGARRADA) ¡Maldita...!
¡Maldi...ta!

Flora.- (MUY ASUSTADA) ¡Don Facundo! ¡Don
Facundo!

(HAY UN MOMENTO DE SILENCIO Y
LUEGO EL ESCENARIO SE ILUMINA POCO
A POCO / UN TANTO REPOSTADOS HACIA
LA DERECHA APARECEN DOS HOMBRES,
ANTONIO Y JUAN PASCUAL, SENTADOS
ALREDEDOR DE UNA PEQUEÑA MESA,
SOSTENIENDO CARTAS DE UNA BARAJA
/ DON FACUNDO INGRESA POR EL OTRO
EXTREMO DEL ESCENARIO, RENEGANDO
Y HACIENDO MOVIMIENTOS VIOLENTOS
CON LAS MANOS)

Facundo.- (AVANZANDO HACIA LOS JUGADORES /
FURIOSO) ¡Qué estupidez, carajo! ¡Qué
absurdo! ¡Qué absurdo!

Juan.- (VIÉNDOLO LLEGAR) ¿Qué pasa, compadre?

Facundo.- ¡Que estoy muerto!

Juan.- ¿Y cómo así?

Facundo.- ¡Una vieja me acaba de matar!

Antonio.- Entonces, usted ya es, diremos, un desencarnado.

Facundo.- Si me quiere llamar así...

Antonio.- ¿Le han velado y le han enterrado con lágrimas y rezos, y todo eso?

Facundo.- No, señor. La vieja que me mató y su hijo me envolvieron en una alfombra y me encajaron en un armario. Y allí estoy, ¡pudriéndome!

Juan.- ¡Oh! ¿Y de qué color es la alfombra?

Facundo.- Es negra, con dibujos de triángulos blancos y azules, muy elegante.

Juan.- A tono con la ocasión. No se puede quejar.

Facundo.- La trajeron desde Damasco.

Antonio.- ¿Y cómo llegó esa alfombra a sus manos?

Facundo.- Es que yo tengo una tienda de antigüedades.

Juan.- (CORRIGIENDO) Tenía.

Facundo.- (PENSANDO UN POCO) Es verdad. Tenía.
(REACCIONANDO CON FURIA) ¡Vieja de porquería! ¿Por qué tenía que levantar el arma cuando yo me lancé contra ella?

Juan.- ¿Usted se lanzó contra ella? ¿Para qué?

Facundo.- (FUERA DE SÍ) ¡Para romperle el cuello!

- Juan.- Entiendo. (SENTENCIOSO) ¡Qué mal que no se dejara romper el cuello!
- Antonio.- Bueno. El tema es que usted ya está muerto.
- Facundo.- Sí. Y eso es una estupidez, porque yo estaba muy sano, vigoroso, con mis facultades plenas, con mi próstata intacta a pesar de mi edad, ¡y no debía morirme todavía!
- Antonio.- Sí. Fue una tontería.
- Facundo.- ¡Ah! Si pudiera volver, agarraría a esa vieja y...!
(APRIETA LAS MANOS COMO SI ESTUVIERA RETORCIENDO ALGO)
- Juan.- Si pudiera, sí, pero sabe que es imposible.
- Facundo.- (SE SIENTA EN UNA SILLA, ACEPTANDO LO OCURRIDO) Sí. ¡Es imposible!
- Juan.- Resignación, compadre, y trate de descansar en paz.
- Facundo.- (IRÓNICO) ¿Dentro del armario?
- Antonio.- En algún momento lo encontrarán don... ¿cómo se llama usted?
- Facundo.- Facundo.
- Antonio.- (EXTENDIENDO LA MANO) Mucho gusto, don Facundo. Yo soy don Antonio.
- Facundo.- Encantado don Antonio.
- Juan.- (DANDO TAMBIÉN LA MANO) Y yo soy Juan. Juan Pascual.

Facundo.- ¿Ustedes son difuntos como yo?

Juan.- No. Yo estoy muy vivo, y con ganas de seguir así.

Antonio.- Yo también.

Facundo.- ¿Y qué están haciendo?

Antonio.- Estamos jugando barajas. ¿No se nota?

Juan.- ¿No quiere participar? Le puedo incluir en el reparto.

Facundo.- ¿Están jugando por dinero?

Juan.- No. Estamos jugando a ganarle al Destino.

Facundo.- (INTRIGADO) No entiendo.

Antonio.- Le explico. El que gana una mano le exige al Destino algo que quiere...

Juan.- ...algo que anhela...

Antonio.- ...algo que desea mucho...

Juan.- ...y el Destino le concede.

Facundo.- ¿Y si pierde la mano?

Antonio.- Debe resignarse al fracaso. Ahí se le acaba todo.

Juan.- Pero puede volver a jugar por otro anhelo...

Antonio.- ...por otra esperanza.

Juan.- ¿Le doy cartas? ¿Entra al juego?

Facundo.- Pero yo estoy muerto. ¿El juego vale para mí?

Juan.- No sé. (A ANTONIO) ¿Valdrá para él?

Antonio.- Si ha llegado hasta aquí, debe valer. (A FACUNDO) Dígame, ¿anhela usted algo?

Facundo.- Claro que sí.

Antonio.- ¿Tiene algún deseo? ¿Alguna ilusión para su vida, o digo...para su...¿muerte?, no sé, para ese estado en el que se encuentra?

Facundo.- Sí. Tengo varios deseos.

Juan.- Entonces, juéguelos al Destino. Le repartiré sus barajas.(LAS MEZCLA Y LAS REPARTE ENTRE TODOS) Bueno. Volvamos a empezar.

Antonio.- ¿Qué es lo que va a jugar usted?

Facundo.- ¿Debo decir por qué voy a jugar?

Juan.- Claro. ¿Qué va a poner en el tapete? ¿Algún anhelo en particular?

Antonio.- ¿Quién sabe, hablar con su esposa por última vez?

Facundo.- No, no...ella es muy aburrida.

Juan.- ¿Abrazar a sus hijos? ¿Acompañarlos al colegio y participar con ellos en alguna clase, o jugar con ellos en el recreo?

Facundo.- No. Tampoco. Mis hijos sólo representaron un gasto y, la verdad, no hubo entre nosotros demasiado cariño.

- Antonio.- Pero, entonces, ¿por qué va a jugar usted? Me imagino que no va a ser por ninguna cosa material.
- Facundo.- Se equivoca. Sí tengo un anhelo por algo material.
- Juan.- ¿Qué cosa?
- Facundo.- ¡Mi jarrón!
- Antonio.- (SORPRENDIDO) ¿Su jarrón?
- Facundo.- Sí. Mi jarrón chino.
- Juan.- ¡Qué interesante! ¿Usted, que está muerto desea, más que nada, su jarrón?
- Facundo.- Así es. ¡Quiero tenerlo conmigo, y mirarlo, y tocarlo!
- Juan.- ¡Qué cosa más rara!
- Antonio.- Bueno. Cada uno tiene derecho a sus deseos, ¿no?
- Juan.- Sí, pero...¡un jarrón!
- Facundo.- Es que es un jarrón hermoso de la dinastía Ming. ¡Una obra maravillosa, de unos seis siglos de antigüedad!
- Antonio.- ¡Caramba! Debe ser realmente muy hermoso, porque el arte chino ha tenido expresiones de extrema calidad.
- Facundo.- (LO DESCRIBE ENTUSIASMADO) Es de un color azul difuminado, con tonos rosas muy

tenués, mostrando figuras femeninas vaporosas que se entrelazan en torno a su circunferencia.

Juan.- ¡Ya me lo imagino!

Facundo.- Imaginarse es una cosa, ¡pero otra cosa es verlo! Al tocarlo se siente el suave relieve de las figuras, que se diluyen en varios paisajes medio nevados, tornasolados, de pinos y lagos. Es una combinación de colores y formas que sugieren las más diversas emociones. Ternura, placidez, misticismo...

Antonio.- ¿Tan extraordinario es ese jarrón?

Facundo.- Si usted lo viera, me entendería, don Antonio.

Antonio.- Le entiendo, don Facundo. Yo también soy amante del arte y de la belleza.

Facundo.- No me diga.

Antonio.- Sí, señor. En medio de una vida de disciplina, y orden, y austeridad me he dado tiempo para deleitarme con las altas creaciones del espíritu humano, en la música, en la pintura...¡en la escultura!

Facundo.- ¡Ah! Entonces usted tiene sensibilidad artística. ¡Eso quiere decir que usted posee un espíritu elevado!

Antonio.- Puede asegurarlo, don Facundo. Admiro el arte y...(ENFATIZA) ¡creo arte!

Facundo.- (SORPRENDIDO) ¡No me diga! ¿Y qué rama del arte cultiva?

- Antonio.- La escultura.
- Facundo.- ¡Ah! Esculpe, ¿en piedra?, ¿en madera?, en mármol?
- Antonio.- Esculpo...(MAGISTRAL) ¡en la carne viva y en el espíritu de las personas!
- Juan.- (SORPRENDIDO) ¿Cómo es eso? ¿Está con su martillo y un cincel, cincelando en la carne de una persona?
- Antonio.- (RIENDO) Ja,ja,ja...algo parecido, amigo Juan.
- Juan.- Explíquese, don Antonio.
- Antonio.- Yo conocí a una joven, que se ganaba la vida haciendo masajes...
- Juan.- ¿Masajes de (CON INTENCIÓN) ¡esos! masajes, o masajes de verdad?
- Antonio.- Masajes terapéuticos, amigo Juan. No sea malicioso.
- Juan.- Está bien. Siga, usted.
- Antonio.- Era una joven bonita, de figura proporcionada, pero sin garbo ni modales.
- Juan.- Si era masajista, (HACE ADEMANES DE MASAJES CON LAS MANOS) ha debido ser algo ruda y musculosa.
- Antonio.- Sí. Tenía un cierto toque hombruno.

Facundo.- ¿Era su pareja? Disculpe si le pregunto...

Antonio.- Bueno, sí. Es mi pareja, pero no me satisfacía plenamente.

Facundo.- ¿No se complementaban?

Antonio.- Hasta cierto punto, sí. Ella era pobre y aceptó nuestra relación a pesar de nuestra diferencia de edades, porque yo resolvía sus problemas económicos.

Juan.- Entiendo. Yo te doy dinero, y tú me das tu juventud, y los dos ganamos.

Antonio.- Algo así, pero dicho de una manera más delicada, don Juan.

Juan.- Disculpe, don Facundo...

Facundo.- Bueno, El tema es que, a pesar de sus modales medio torpes, y de un hablar algo gritón y acelerado, y de ciertas costumbres digamos, vulgares, yo noté que en ella había condiciones para ser una dama.

Antonio.- ¡Ah! Ahora entiendo. Usted notó que ella era un diamante sin pulir.

Facundo.- Exactamente.

Antonio.- Y decidió encarar la tarea de su reeducación.

Facundo.- Eso mismo.

Antonio.- Y entonces usted está trabajando para transformarla, de ese ser vulgar y mediocre, en uno fino y delicado.

Facundo.- ¡Caramba! ¡Qué perspicaz es usted, don Antonio!

Juan.- ¡Y a eso le llama cincelar su estatua!

Antonio.- ¡Correcto, amigo Juan! Ja,ja,ja....¡Qué inteligentes son ustedes!

Facundo.- (ACOMPAÑANDO LA RISA)
Ja,ja,ja...interesantísimo, don Antonio. Es una historia parecida a la que vi en una película...

Antonio.- Sí. La película se llama "My fair lady", o "Mi Bella Dama", con Rex Harrison.

Facundo.- La misma.

Antonio.- Y está también en un mito que viene de muy lejos.

Facundo.- Así es. El de Pigmalión, el escultor que se enamoró de la estatua que esculpía.

Antonio.- ¿Y cómo le está yendo con la obra, don Facundo Pigmalión redivivo?

Antonio.- Está funcionando. Algo les puedo mostrar.

Juan.- ¿A ver?

Antonio.- Observen con disimulo y con prudencia.

Facundo.- Sí, veamos.
(ANTONIO LEVANTA LAS MANOS Y DA DOS FUERTES PALMADAS E, INMEDIATAMENTE, APARECE TAMARA ENVUELTA EN UN ABRIGO ROSADO INTENSO / CAMINA UN POCO Y PREGUNTA CON VOZ FINGIDAMENTE SUAVE)

- Tamara.- ¿Antonio?
- Antonio.- (YENDO HACIA ELLA) Sí, Tamara, querida. (LA LUZ SE ATENÚA EN EL ESPACIO DONDE QUEDAN FACUNDO Y JUAN, Y SE ACENTÚA EN EL LUGAR DONDE QUEDAN ANTONIO Y TAMARA)
- Tamara.- Al final me puse el abrigo.
- Antonio.- (MIRANDO) ¡Ah! Te queda muy bien.
- Tamara.- (DA UNA VUELTA COMO MODELANDO) ¿Se acomoda a mi figura?
- Antonio.- Sí. Moviéndote de esa manera, delicadamente, el abrigo luce maravilloso. ¿Sabes qué es lo que más me gusta de esa prenda?
- Tamara.- (SE ADELANTA DOS PASOS Y HABLA DIRECTAMENTE CON EL PÚBLICO SEÑALANDO, CON EL PULGAR A ANTONIO) ¿Qué le gusta? Que es una compra barata de segunda mano, y que se puede usar de las dos caras. (RETORNANDO HACIA ANTONIO CON UNA SONRISA) ¿Qué es lo que más te gusta, Antonio?
- Antonio.- La forma en que combina con el tono de tu piel.
- Tamara.- (ACERCÁNDOSE OTRA VEZ AL PÚBLICO) ¿Pensará que soy la Pantera Rosa? (DIRIGIÉNDOSE A ANTONIO) Al final, tenías razón con la elección.
- Antonio.- ¿Verdad que sí? Por eso, el pequeño berrinche que tú hiciste...
- Tamara.- (DISCULPÁNDOSE) Olvídate de mi berrinche. Tú sabes cómo somos las mujeres. (AL

PÚBLICO) ¡Berrinche! ¡Si hubiera tenido valor le arrojaba este adefesio en la cara!

Antonio.- Sé cómo son las mujeres. Pero yo quiero que tú seas mejor que la mayoría de ellas. Que te acerques lo mejor posible a ese ideal de belleza que hemos hablado tantas veces.

Tamara.- (DIRIGIÉNDOSE AL PÚBLICO) ¡Un ideal de belleza de la Edad Media! Pero en fin, mientras ponga la plata...
(DIRIGIÉNDOSE A ANTONIO CON UN PEQUEÑO MOHÍN EN LA CARA) Pero es tan difícil alcanzar ese ideal que me pides, ese equilibrio entre la belleza de adentro y la de afuera... Yo creo que jamás...

Antonio.- (INTERRUMPIÉNDOLA) ¡Ningún jamás!
¡Mientras yo sea tu maestro, los jamases no existen!

Tamara.- Bueno.

Antonio.- ¿Y ahora?

Tamara.- Ahora estoy saliendo para lucir el abrigo. (AL PÚBLICO) Ya me lo voy a quitar ahí afuera.

Antonio.- ¿Qué llevas en la mano?

Tamara.- (MUESTRA UN LIBRO) Ah, son las poesías de Musset, que me recomendaste..

Antonio.- (TOMA EL LIBRO Y LO HOJEA) Me viene a la memoria el último verso de ese poema titulado "La serenata de Schubert", (RECITA DE MEMORIA MIRANDO ALGÚN PUNTO EN EL ESPACIO) "Ya nunca volveréis noches de

plata, ni unirán en mi alma su armonía, Schubert con su doliente serenata, y el pálido Musset con su "Lucía".

Tamara.- (ENTORNANDO LOS OJOS) ¡Qué hermoso!

Antonio.- Y podría seguir, pero debo volver al juego.

Tamara.- Yo volveré a la tarde.

Antonio.- Camina despacio. Aprende a caminar, y no a correr por la vida.

Tamara.- Eso. Caminar y no correr..(AL PÚBLICO) Con tanta plata puede darse esos lujos. (SALE CAMINANDO LENTAMENTE)

Antonio.- (MIRÁNDOLA, REFLEXIVO) ¡A mi imagen y semejanza! ¡Es mi obra! (REGRESA A LA MESA) ¿Y bien? ¿Qué les pareció Tamara?

Juan.- Es linda, ¡pero ese abrigo!

Antonio.- ¿No le gusta?

Juan.- Al mirarlo sentí como si me golpearan en la nuca
¿No es algo chocante y agresivo?

Antonio.- ¿Agresivo, un abrigo?

Facundo.- Es muy suave y delicada su Tamara. ¿No estaba actuando?

Antonio.- Si. Actuaba.

Facundo.- Pero, entonces, su cambio...

Antonio.- Ocurrirá poco a poco. Al comienzo su postura ha de ser, indudablemente, fingida pero, con el tiempo se hará algo natural.

Facundo.- ¡Ah!

Antonio.- Y será normal y corriente cuando asimile la cultura que le he ido transmitiendo, y el amor por lo bello, y cierta manera de encarar la vida.

Facundo.- Admirable, don Antonio.

Juan.- Entonces, esa es su obra de arte.

Antonio.- Sí. Una obra superior a todas, porque estoy trabajando sobre un ser vivo.

Juan.- ¿Y qué pasará cuando haya terminado su obra?

Antonio.- ¿Cuándo el proceso haya concluido?

Facundo.- Sí. ¿Qué pasará cuando Tamara sea esa mujer ideal que usted está forjando?

Antonio.- ¿Qué pasará? Pues, que creo que me casaré con ella.

Juan.- ¡Ah! Ja,ja,ja...¡Usted se las traía, don Antonio!
¿Y cuándo ocurrirá eso?

Antonio.- Falta poco, muy poco. No sé si meses, o semanas, o incluso días.

Juan.- (ENTUSIASMADO) ¡Tendremos boda! Supongo que nos invitará como a sus nuevos amigos.

Antonio.- Les invitaré.

Facundo.- Bueno, pues, le deseo suerte don Antonio.

Antonio.- Gracias. Y a usted le deseo suerte con su jarrón,

don Facundo.

Facundo.- (ACORDÁNDOSE) ¡Debo conseguir mi jarrón!

Juan.- (OCURRIÉNDOSELE) Don Facundo. ¿Qué le parece si yo se lo traigo?

Facundo.- ¿El jarrón?

Juan.- Si. Usted no puede traerlo porque ya murió. Pero yo estoy vivo.

Facundo.- Oiga. Es una buena idea.

Juan.- Claro. Yo iré a su tienda, me daré modos para entrar, convenceré a su esposa, me apoderaré del jarrón y se lo traeré.

Facundo.- (FELIZ CON LA IDEA) ¡Si usted hace eso, le viviré o...le moriré... agradecido!

Juan.- Basta con que me pague.

Facundo.- Lo que quiera, pero...(PENSANDO) no traigo dinero conmigo.

Juan.- No importa. Me pagará en especie, con algunos otros objetos de su tienda. Debe tener otras cosas de valor.

Facundo.- Muchas...tapices, lámparas, cofres, armas antiguas como esa maldita espada que me mató, sillones...Traiga todas las cosas que pueda, yo me quedé con algunas, además del jarrón, y le pago con otras.

Juan.- ¡Trato hecho! Ahora mismo haré la gestión.

- Antonio.- Pero estamos jugando, don Juan.
- Juan.- Iré después del juego, don Antonio, después del juego.
- Facundo.- Ah. Mi jarrón. Solo yo lo debo poseer.
- Antonio.- Un sentimiento loable, don Facundo. (CON ENERGÍA) ¡El de la posesión! Yo también aprecio la importancia de tener las cosas y de cuidarlas.
- Facundo.- Entonces, coincidimos. ¡La posesión es poder!
- Antonio.- Usted lo ha dicho.
- Facundo.- Poseer y no desprenderse de nada.
- Antonio.- Correcto. He ahí la base de la fortuna.
- Facundo.- Aunque nos critiquen por...avaros.
- Antonio.- Lo que diga la gente, importa menos que un pedo, don Facundo. Y perdone la expresión.
- Facundo.- (RIENDO) Ja,ja,ja...creo que vamos a ser muy amigos, don Antonio.
- Antonio.- Sí, Aunque usted esté de ese lado y yo del otro.
¿Y usted, don Juan?
- Juan.- ¿Yo?
- Antonio.- ¿Está de acuerdo con nosotros?
- Juan.- Sí. Yo también aprecio el valor de las cosas, sobre todo cuando no me cuestan demasiado.

- Facundo.- Interesante postura. Siempre se deben buscar gangas.
- Antonio.- (PARÁNDOSE Y EN TONO DECLAMATORIO) ¡Tener, poseer, ahorrar, no soltar!
- Facundo.- (PARÁNDOSE Y EN EL MISMO TONO) ¡Guardar, acumular, amontonar, no gastar!
- Juan.- (SUMÁNDOSE AL CORO) ¡No comer huevos para no desperdiciar las cáscaras! ¡No fumar para no botar el humo! ¡No comer buñuelos para no desperdiciar los agujeros! ¡No hacer deportes, para no gastar el aire!
- Antonio.- ¡Bravo, don Juan! ¡Esa es la filosofía!
- Juan.- ¡Y si te golpean el codo, abrir los dedos...¡de los pies! Ahora, ¿reparto las cartas?
- Antonio.- Sí. Juguemos. ¿Qué le va a apostar al Destino, amigo Facundo? ¿La obtención de su jarrón?
- Facundo.- Sí.
- Juan.- ¿Y usted, don Antonio? ¿Apostará, a lo mejor, la culminación de su obra con la señorita Tamara?
- Antonio.- No, no. Esa apuesta ya le he ganado a la vida. La obra está casi lista y, entonces, no tiene sentido ponerla aquí, en el tapete.
- Juan.- Y, entonces ¿qué va a apostar?
- Antonio.- Cualquier bagatela, digamos, la obtención de otra mansión en el Brasil.

Juan.- (CON UN SILBIDO DE ADMIRACIÓN) ¡Qué bagatela!

Antonio.- ¿Y usted, don Juan? ¿Jugará, para qué?

Juan.- Yo apostare a que vendo uno de los terrenos que tengo en Tumupasa, en el norte de La Paz, en plena selva, a una nueva amiga que apareció y que se llama Lucero, y apostaré a que hago pareja con ella, y a que logro que me mantenga un buen tiempo.

Facundo.- Ja,ja,ja...es usted muy práctico, don Juan. No se anda con pequeñeces.

Juan.- Hay que sobrevivir, don Facundo, hay que sobrevivir.

Antonio.- Bueno, pues, juguemos. Abre usted, don Facundo.

Facundo.- Cambio dos cartas.

Juan.- (ENTREGANDO DOS CARTAS) Ahí las tiene. Le toca don Antonio.

Antonio.- Sí, un momento, déjeme pensar con qué le ganaré al Destino.

Juvenal.- (ENTRANDO EN ESCENA Y ACERCÁNDOSE A LOS JUGADORES) ¿Ya están jugando, los señores?

Juan.- ¡Amigo Juvenal, el esforzado minero!

Juvenal.- (RECLAMANDO EN UN TONO TOSCO) Quiero mis cartas.

Juan.- Te atrasaste, Juvenal, y ya empezamos el juego.

Juvenal.- (VOLVIENDO A RECLAMAR) Pero yo quiero mis cartas.

Juan.- Tienes que esperar a que terminemos esta ronda. Puedes sentarte y esperarnos.

Juvenal.- No. Iré donde Ubaldina, y regresaré.

Juan.- Está bien.

(JUVENAL AVANZA HACIA EL OTRO LADO DEL ESCENARIO)

Facundo.- (A JUAN) ¿Quién es él?

Juan.- Es Juvenal, un trabajador minero.

Facundo.- ¿Y quién es Ubaldina?

Juan.- Su compañera.

Facundo.- ¡Ah!

Juan.- Es una cholita bonita que anda esperando el oro de Corocoro.

Facundo.- ¿El oro de Corocoro? ¿Y cómo es ese oro?

Juan.- Eso le pregunta Ubaldina, todas las veces, al minero Juvenal.

(UBALDINA INGRESA A ESCENA Y SE SIENTA EN EL SUELO / JUVENAL HACE LO MISMO, A SU LADO / EL ESPACIO DONDE SE HALLAN LOS JUGADORES SE OSCURECE UN POCO)

Ubalдина.- ¿Y cómo es el oro de Corocoro, Juvenal?

Juvenal.- Ah, es un oro más oro que los otros oros.

Ubalдина.- ¿O sea que vale más?

Juvenal.- Claro. Si un oro vale dos pesos, este oro vale cuatro pesos, o cinco.

Ubalдина.- (INGENUA) Porque debe ser más difícil de encontrar, ¿o no?

Juvenal.- Sí. Es más difícil.

Ubalдина.- Y por eso vos debes estar tardando tanto tiempo en encontrarlo, ¿no?

Juvenal.- Sí. Por eso.

Ubalдина.- Pero lo vas a encontrar.

Juvenal.- Claro. ¿Sabes Uba? Cuando entro a la mina, huelo el oro.

Ubalдина.- ¿Lo hueles?

Juvenal.- Sí.

Ubalдина.- ¿Así con tu nariz?

Juvenal.- Sí. Huelo el oro, y busco la veta, pero no la encuentro...

Ubalдина.- ¿Por qué será?

Juvenal.- No sé, Uba. Parece que se escondiera.

Ubalдина.- Cómo, pues, se va a esconder.

- Juvenal.- Se escapa. A un lado y a otro lado, y sólo encuentro otros minerales.
- Ubaldina.- Pero, ¿por qué se escapará?
- Juvenal.- Debe ser porque el Tío no está muy contento con las ofrendas que le hago.
- Ubaldina.- Pero si le pones su coquita, su traguito, sus cigarros...
- Juvenal.- Pero muy poco, porque no tengo mucha plata.
- Ubaldina.- ¿Vos crees que el Tío no está contento, y por eso está escondiendo el oro?
- Juvenal.- Sí. Eso creo.
- Ubaldina.- Entonces, hazle, pues, una ch'alla mejor.
- Juvenal.- Voy a tener que comprar unos sullitos, y una ovejita viva.
- Ubaldina.- Cómprale, pues.
- Juvenal.- Si. Eso voy a hacer. Me tienes que dar plata.
- Ubaldina.- ¿Plata? ¿Tú no tienes?
- Juvenal.- No. He gastado en unas herramientas.
- Ubaldina.- Yo he juntado un poco, pero es para los gastos de la casa. A los chicos les están pidiendo cuadernos, guardapolvos y otras cosas.
- Juvenal.- Pero, ¿qué cosa es más importante? ¿Los cuadernos de los hijos, o la ofrenda al Tío?

- Ubaldina.- (DUDANDO) Pero, ¿y los cuadernos? En el colegio les exigen.
- Juvenal.- Vos vas a trabajar, pues, y de ahí vas a sacar plata para esos útiles.
- Ubaldina.- (MEDIO PROTESTANDO) ¡Tú nunca te preocupas de esos gastos de la casa! ¡Nunca me das para nada!
- Juvenal.- No reniegues, Uba. De un de repente voy a encontrar la veta, y vamos a tener montón de plata.
- Ubaldina.- (ESPERANZADA) De golpe, ¿no?
- Juvenal.- Sí. Y nos vamos a comprar un micro, o mejor, dos micros, uno para ti y uno para mí.
- Ubaldina.- Pero yo no quiero un micro.
- Juvenal.- Bueno. Te vas a comprar otra cosa. Lo que quieras.
- Ubaldina.- Un terrenito, para hacer una casita.
- Juvenal.- Eso.
- Ubaldina.- Y ya no voy a tener que vender almuerzo a los trabajadores de la construcción.
- Juvenal.- Ya no. ¿Y sabes? Entrarás en una morenada, y bailarás como una chola con plata.
- Ubaldina.- ¿Entraré a una morenada?
- Juvenal.- ¡Y vas a bailar! Así. (SE PARA Y TRALALEA

UNA MORENADA HACIENDO UNOS
PASOS DE BAILE) Ven. Tienes que ensayar.

Ubalдина.- (MEDIO NEGÁNDOSE) Pero yo no bailo...

Juvenal.- (LEVANTA A UBALDINA Y LA HACE
BAILAR UN MOMENTO) Así, así tienes que
bailar...

Ubalдина.- (RIENDO) Ja,ja,ja...¡este Juvenal!

Juvenal.- ¿Acaso nunca has bailado?

Ubalдина.- Sí, pues. He bailado alguna vez.

Juvenal.- (DETENIÉNDOSE BRUSCAMENTE) ¿Has
bailado? ¿Y dónde, pues, has bailado?

Ubalдина.- Cuando estaba sirviendo en una casa en Obrajes.
Me llevó mi prima Eulogia.

Juvenal.- ¿Y con quién has bailado?

Ubalдина.- Con todos, pues...

Juvenal.- ¿Y esa vez, nomás. has bailado?

Ubalдина.- También he bailado cuando me he casado.

Juvenal.- Ah, mañuda. ¿Has bailado con ese peruano, no?

Ubalдина.- Sí, pues. Si me estaba casando...

Juvenal.- Y ese peruano, ¿ya no ha aparecido?

Ubalдина.- Ya te he dicho que no.

Juvenal.- ¿Cuándo lo has visto por última vez?

Ubaldina.- Ya te he contado mil veces. Cuando nos casamos. Al día siguiente él se escapó robando mi plata, y mis joyitas, y la manta de vicuña que me regalaron. Se escapó con todo.

Juvenal.- Y te dejó un hijo.

Ubaldina.- Sí.

Juvenal.- ¿Y no lo has visto nunca más?

Ubaldina.- No.

Juvenal.- ¿Y si aparece?

Ubaldina.- Cómo va a aparecer, pues, si se ha escapado con todo

Juvenal.- (CELOSO) ¿Vos quieres que aparezca, no?

Ubaldina.- ¡Cómo voy a querer, pues! ¡Si me ha robado todo!

Juvenal.- (ENOJÁNDOSE) Yo les conozco a las mujeres. ¡Vos quieres que vuelva el peruano!

Ubaldina.- No

Juvenal.- ¡Te conozco! ¡Vos estás esperando al peruano!

Ubaldina.- No.

Juvenal.- (LE DA UN EMPELLÓN) ¿Y para qué lo estás esperando? ¡Habla, pues!

Ubaldina.- ¡No me empujes! ¡No lo estoy esperando!

Juvenal.- ¡Tú me estás queriendo traicionar con el peruano!

Ubalдина.- ¿Por qué estás pensando esa zoncera?

Juvenal.- (ENOJADO) ¡Quieres irte con el peruano y dejarme a todos los chicos!

Ubalдина.- (ENOJADA) ¡En vez de hablar zonceras deberías ocuparte de tus hijos, que no tienen nada! ¡Toda la carga de los chicos es para mí!

Juvenal.- Pero yo estoy trabajando en la mina.

Ubalдина.- ¿Y acaso yo no estoy trabajando aquí? Sin saber de dónde tengo que conseguir plata para mantenerlos, mientras vos desapareces meses enteros!

Juvenal.- Ah, ¿no ve? Vos me estás hablando de otras cosas porque no quieres que te pregunte sobre el peruano.

Ubalдина.- (GRITANDO) ¡Ya, deja de hablar del peruano!

Juvenal.- ¿Vos sabes dónde está?

Ubalдина.- ¡Y de cómo voy a saber, pues!

Juvenal.- No sabes pero quieres saber.

Ubalдина.- Mejor ándate, y ya no me hables zonceras.

Juvenal.- (LE DA UN FUERTE PUÑETAZO EN EL BRAZO) ¿Por qué quieres saber de ese peruano?

Ubalдина.- (TOMÁNDOSE EL BRAZO) ¡Aaayyyy...me has lastimado! ¿Estás loco? ¿Por qué me pegas? (LLORA)

Juvenal.- ¡Para que no estés pensando en el peruano! (LE PROPINA UNA PATADA)

Ubalдина.- ¡Ayyy...malvado loco! ¡Ayyy, mi brazo! ¿Qué cosa te he hecho para que me pegues?

Juvenal.- No me has hecho nada.

Ubalдина.- Pero, entonces, ¿por qué me pegas?

Juvenal.- Te pego por sí acaso, para que no pienses en traicionarme.

Ubalдина.- (LLORANDO) ¡Malvado! ¡Me has lastimado el brazo! ¡No lo puedo mover!

Juvenal.- Es para que aprendas.

Ubalдина.- Pareces un loco. ¿Y ahora? ¿Cómo voy a llevar esa olla pesada con el almuerzo para los trabajadores?

Juvenal.- (ARREPINTIÉNDOSE) Ya. Está bien. Te voy a curar.

Ubalдина.- (LLORANDO) Mejor, ándate. Malo...

Juvenal.- Con coquita y alcohol te voy a curar.

Ubalдина.- (PROTESTANDO) ¡No quiero que me cures! ¡No me toques! Ayyy...me duele la pierna.

Juvenal.- Ya, ya...se te va a pasar. Es que me da rabia que hayas tenido amores con ese peruano.

Ubalдина.- Yo qué culpa tengo si lo he conocido antes que a vos. ¡Hombres malvados!

Juvenal.- Está bien, esta bien...ya se te va a pasar.

Ubalдина.- (LLORA FROTÁNDOSE EL BRAZO Y LA
PIERNA / SE LEVANTA PARA IRSE,
COJEANDO) ¡No puedo mover el brazo!

Juvenal.- Está bien. Ya no te voy a pegar.

Ubalдина.- ¿Ya no?

Juvenal.- Ya no. Ahora, ¿me puedes dar plata?

Ubalдина.- ¿Es para ch'allar al Tío?

Juvenal.- Sí.

Ubalдина.- ¿No es para tu trago?

Juvenal.- No.

Ubalдина.- Está bien. Algo te voy a dar. Pero no puedo
mover mi brazo.

Juvenal.- Espera. Yo te voy a ayudar. (TOMA LA CHUSPA
DE UBALDINA Y SACA DINERO / LUEGO
SE LA DEVUELVE) Ahora me tengo que ir.

Ubalдина.- ¿Y cuándo vas a volver?

Juvenal.- No sé. Será en un mes.

Ubalдина.- A ver si traes plata para los chicos.

Juvenal.- Sí. Voy a tratar. Ahora me voy.

Ubalдина.- ¿No quieres que yo vaya a la mina?

Juvenal.- (ALARMADO) ¿A la mina? No, no, no...

Ubalдина.- ¿Por qué no? Entre los dos podríamos ch'allar al Tío, y así te puede ayudar.

Juvenal.- (TERMINANTE) No, no, no...las mujeres no pueden entrar a la mina.

Ubalдина.- ¿Por qué?

Juvenal.- Porque son k'enchas, porque traen mala suerte.

Ubalдина.- ¿Yo puedo traer mala suerte?

Juvenal.- Sí, así que es mejor que te quedes, nomás

Ubalдина.- (RESIGNADA) Bueno. Entonces tienes que seguir buscando ese oro.

Juvenal.- Sí. Voy a seguir buscando. Chau, Uba. Ponte coquita en el brazo. La malva también hace deshinchar. (LA EMPUJA SUAVEMENTE PARA SE VAYA / UBALDINA SALE COJEANDO Y FROTÁNDOSE EL BRAZO / JUVENAL SE ACERCA A LOS JUGADORES Y SE SIENTA JUNTO A ELLOS) ¿Están listas mis cartas?

Juan.- Ahora mismo te vamos a repartir. (REPARTE LAS CARTAS ENTRE TODOS / JUVENAL LAS LEVANTA Y LUEGO MIRA A ANTONIO Y HACE UNA DEMOSTRACIÓN APRETANDO UN PUÑO)

Juvenal.- A las mujeres hay que sujetarlas bien, ¿o no?

Antonio.- (MEDIO SORPRENDIDO) Ah, sí. Hay que sujetarlas..

Juvenal.- Si no las sujetas, se descontrolan, y son graves.

Antonio.- Si. Pueden ser graves.

Juvenal.- ¿Vos sujetas a tu mujer?

Juan.- (RIENDO) Ja, ja, ja...¡claro que la sujetas, compañero Juvenal, ja,ja,ja...

Juvenal.- (A ANTONIO) O sea que ella hace lo que vos le dices....

Juan.- Eso mismo hace, ja, ja, ja...

Juvenal.- Y si no, para qué tenemos pantalones, ¿no ve?

Antonio.- Correcto. Si no, ¿para qué tenemos pantalones?

Juan.- (DIRIGIÉNDOSE A DON ANTONIO) Se ve que ustedes son almas gemelas, don Antonio.

Antonio.- (SORPRENDIDO) ¿Como almas gemelas?

Juan.- Quiero decir...

Antonio.- (MEDIO INDIGNADO) Piense las cosas antes de hablar, amigo Juan.

Juan.- Disculpe, don Antonio, yo quise decir...

Antonio.- ¿Cómo se le ocurre compararme con este minero?

Juan.- No es que los compare, pero...

Antonio.- ¿No nota usted la diferencia? ¿En la cultura, en

los modales, en la clase social...? ¿No hay diferencia?

Juan.- Sí. La hay.

Antonio.- Y entonces, ¿por qué dice que este burdo minero sería mi alma gemela? A ver, explique.

Juan.- Era sólo un comentario, don Antonio.

Antonio.- Pero explique.

Juan.- Algo se parecen.

Antonio.- (ENOJADO) ¿En qué?

Juan.- Fíjese, a su manera, usted, con sus ideales, con su filosofía anda buscando modelar a su amiga Tamara a su imagen y semejanza.

Antonio.- Es verdad. A mi imagen y semejanza.

Juan.- Quiere construir en ella un espíritu nuevo, que se complemente con el espíritu de usted...

Antonio.- Si señor.

Juan.- Y eso busca usted, para que Tamara sea la compañera perfecta de su vida.

Antonio.- Sí, lo cual considero casi una obligación, atendiendo a mi superioridad intelectual.

Juan.- Bueno. A su modo, el minero Juvenal también anda tratando de modelar a su compañera Ubaldina, para que sea la mujer adecuada.

Antonio.- ¿También la está modelando? ¿Y cómo?

Juan.- (RIENDO) ¡A patadas, ja,ja,ja....!

Antonio.- (MUY ENOJADO Y TARTAMUDEANDO)
Pe...pero...pero...¡no es lo mismo!

Juan.- Los métodos son diferentes, pero el propósito parece el mismo, ¿no lo cree?, ja,ja,ja...

Antonio.- No, señor, no lo creo.

Juan.- Usted educa a Tamara con sutileza, y gentileza, y el minero Juvenal la educa a sopapos y patadas.

Antonio.- ¿Cómo puede hacer esa idiota comparación, amigo Juan?

Juan.- Al final, don Antonio, lo único que hay que ver son los resultados.

Antonio.- ¡Eso! ¡Los resultados! ¿Qué saldrá de Tamara? Una mujer alegre, optimista, culta, fina, agradable.

Juan.- ¿Y qué saldrá de Ubaldina?

Antonio.- Una mujer golpeada, triste, sometida, sufrida, degradada... ¿No hay diferencia?

Juan.- Bueno, así como usted lo plantea...

- Juvenal.- (INTRIGADO) ¿A dónde va a salir Ubaldina?
- Antonio.- A ninguna parte, compañero Juvenal
- Juvenal.- (A JUAN) Vos has dicho que Ubaldina va a salir. ¿A dónde quieres que salga?
- Juan.- Nadie quiere que salga, compañero Juvenal.
- Juvenal.- (LEVANTANDO LA VOZ, ENOJADO) ¡Mucho cuidado con querer hacer salir a Ubaldina! ¡Ella está en su casa, y allí tiene que estar!
- Juan.- Sí, sí, sí...tranquilo, compañero.
- Juvenal.- Y ahora, ¿para que me han dado las cartas? ¿No vamos a jugar?
- Juan.- Eso. Juguemos. Don Facundo ha estado muy callado. ¿Qué va a apostar, don Facundo?
- Facundo.- Voy a apostar porque este minero no encuentre jamás su oro.
- Juan.- (SORPRENDIDO) ¿Cómo?
- Facundo.- Voy a jugar y voy a ganar la apuesta, para que este minero sólo encuentre rocas sin valor.
- Juvenal.- (A FACUNDO) ¿Vos no quieres que encuentre mi oro?
- Facundo.- ¡Ni su oro ni nada!
- Juvenal.- ¿Vos vas a apostar contra mí?
- Facundo.- ¡Sí, contra usted!
- Juvenal.- (REACCIONANDO) ¡Carajo! ¿Y por qué vas a apostar contra mí?

- Facundo.- ¡Porque es usted un idólatra y un pagano!
- Juvenal.- (PARÁNDOSE, FURIOSO) ¿Yo soy eso que dices?
- Facundo.- (PARÁNDOSE IGUALMENTE) ¡Si, señor!
- Juvenal.- (DESCONCERTADO) ¿Y eso qué quiere decir?
- Facundo.- ¡Que su alma anda perdida en los vericuetos de la superchería!
- Juvenal.- ¿Mi alma está en una chichería?
- Facundo.- ¡Digo que es usted un ignorante y un supersticioso!
- Juvenal.- ¡Carajo! ¿Y por qué me estás insultando así?
- Facundo.- ¡Porque usted anda adorando al diablo! ¡Porque usted anda con esos disparates de ch'allas! ¡Porque usted esta en un aberrante y tremendo pecado!
- Juvenal.- ¿Vos dices que estoy en pecado?.
- Facundo.- ¡En un terrible pecado, por bruto e ignorante!
- Juvenal.- ¿Y quién eres vos para decirme que estoy en pecado? ¿Acaso sabes de esas cosas? ¿Acaso eres cura o qué...?
- Facundo.- Para que sepas, minero bruto, yo he estudiado en un Seminario, yo tenía que ser sacerdote, y por eso conozco de estas cosas.
- Juvenal.- ¡Ah! Así que tenías que ser cura.
- Facundo.- Sí.

- Juvenal.- Y no has sido cura.
- Facundo.- No.
- Juvenal.- ¡O sea que has fracasado! ¡O sea que eres un falso cura!
- Facundo.- (GRITANDO) ¡No he fracasado! ¡Yo he estudiado Teología, y enseñé Teología en una universidad!
- Juan.- (CORRIGE) Enseñaba.
- Facundo.- Es verdad. Enseñaba. Y ya me he muerto. Pero puedo seguir dando lecciones a los necios.
- Juan.- Don Facundo, si quiere enseñar, hágalo con calma para que el compañero Juvenal le entienda.
- Juvenal.- Yo entiendo. ¡Entiendo que me está insultando este k'ara, y yo no voy a dejar que me insulte!
- Juan.- (APACIGUANDO) ¡Calma, calma...! ¡No se griten!
- Facundo.- (CALMÁNDOSE) Tiene razón. Debemos calmarnos. ¡Es que ver la idolatría, tan extendida, en estos tiempos que se dicen de adelanto y civilización, me saca de quicio!
- Juan.- Comprendo.
- Facundo.- Todo son ch'allas, y ceremonias profanas, y cultos a la Pachamama, y a los achachilas, y a los ekekos, y así todos se han olvidado de Dios.
- Juan.- Bueno, no creo que sea tan así, don Facundo.

Facundo.- Así es, amigo Juan. En vez de extenderse, y decantarse, y purificarse, la idea de Dios se ha ido distorsionando, y oscureciendo, y mezclando con creencias raras, con costumbres paganas...(CAE EN EL ASIEN TO, DESMORALIZADO) ¡Y eso es terrible!

Juan.- Calma, don Facundo.

Facundo.- (DIRIGIÉNDOSE A JUVENAL EN UN TONO MÁS CALMADO) ¡Ya deje de adorar al Tío, compañero minero! ¡Eso es pecado!

Juvenal.- ¿Vos quieres que yo no le ch'alle al Tío?

Facundo.- Sí. Eso le pido.

Juvenal.- Y si no le ch'allo, ¿cómo voy a encontrar mi oro?

Facundo.- ¡Sólo Dios es el dueño de las riquezas, y del oro, y de todos los bienes de la Tierra! ¡A él hay que pedirle riquezas si uno quiere riquezas!

Juvenal.- Estás muy confundido, señor...¿cómo te llamas?

Juan.- Se llama Facundo.

Juvenal.- Señor Facundo. En los montes mandan los achachilas, en los campos manda la Pachamama, y en los socavones manda el Tío.

Facundo.- ¿Y dónde manda Dios?

Juvenal.- Manda en la misa, en los bautizos, y en los casamientos...

Facundo.- (A JUAN) ¿Se da cuenta, amigo Juan? Al Dios

eterno y omnipotente, al Dios creador del universo y del mundo, y de las vidas de las personas...¡lo han confinado a un rincón de las iglesias!

- Juan.- Bueno, esa es sólo una idea de Juvenal, don Antonio.
- Facundo.- (A JUVENAL) Ya no adores al Tío, minero Juvenal.
- Juan.- Vos no tienes que decirme si quiero ch'allar o no quiero ch'allar.
- Facundo.- Si sigues así, en el pecado...¡yo iré a deshacer esas tus mesas pecaminosas!
- Juvenal.- (FURIOSO) ¡Si vos tocas mi mesa, allí en la mina, yo voy a meter dinamita a tu casa, carajo!
- Antonio.- (INTERVINIENDO) Ya, basta, por favor. Las peleas son muy desagradables.
- Juvenal.- ¡Pero que no toque mi mesa, carajo!
- Facundo.- ¡Líbrate del pecado, minero!
- Juan.- Bien, se acabó la discusión. ¿Jugamos o no jugamos?
- Antonio.- Creo que ya no hay buen ambiente.
- Juan.- Entonces, suspendamos el juego para otro momento.
- Facundo.- Mejor. (RUEGA) Don Juan, quiero que aproveche este intervalo para ir a traer mi jarrón.

Juan.- Eso haré. Y le traeré noticias de su casa y, después, continuaré con la conquista de Lucero.

Antonio.- Yo reforzaré la educación de Tamara.

Juvenal.- Yo me iré a mi mina, a pedir disculpas al Tío, que se ha debido enojar por las cosas que ha dicho este k'ara.

(ANTONIO, JUAN Y JUVENAL SE LEVANTAN Y SALEN DE ESCENA / FACUNDO SE QUEDA SENTADO / EL ESCENARIO SE OSCURECE POR ESPACIO DE UN MINUTO / LUEGO RETORNA LA LUZ Y, SOLO, FRENTE A LA MESA APARECE FACUNDO, CON UN ROSTRO DE IMPACIENCIA)

Facundo.- ¡Qué tedio! No vienen y aquí no hay nada que mirar, Ni un cuadro, ni una ventana.

(SE LEVANTA, CAMINA UN POCO Y SE DETIENE)

¿Por qué estoy aquí, en este lugar extraño? Si mi vida fue austera y disciplinada, ¡y hasta prediqué y enseñé la fe! ¿Acaso no merezco otro destino? ¿O será que aquí debo cumplir alguna otra misión? Sí. ¡Eso tiene que ser! (REFLEXIVO) Una tarea que se me reveló hace un momento, y que tiene que ver con el minero Juvenal..

(SE ESCUCHAN VOCES QUE SE ACERCAN)

¡Ah! ¡Ahí están! ¡¿Estarán trayendo mi jarrón?

(ENTRAN TAMARA Y ANTONIO / ELLA VA

POR DELANTE VISIBLEMENTE MOLESTA
/ ÉL LA SIGUE CON ADEMANES QUE
DENOTAN EL MISMO SENTIMIENTO)

Antonio.- (RECLAMANDO EN VOZ ALTA) ¡Te luciste,
querida Tamara, te luciste!

Tamara.- ¡Oh!. Está bien. Me equivoqué y ya...

Antonio.- Debes acordarte, Tamara querida, que Schubert
y Schuman fueron dos maestros de la música
universal, y que Shakespeare fue un dramaturgo
inglés, un genial escritor de obras de teatro que
se siguen representando después de cuatro siglos
de haber sido escritas. Entonces no puedes decir,
tan suelta de cuerpo, (IMITANDO CON SORNA)
¡que a ti te encantan las sonatas de Shakespeare,
cuando Shakespeare jamás ha compuesto ni media
sonata en su vida!

(LA LUZ SE ATENÚA EN EL ESPACIO
DONDE PERMANECE FACUNDO, QUIEN
QUEDA QUIETO MIRANDO LA ESCENA)

Tamara.- (SENTÁNDOSE EN EL SUELO Y
CRUZANDO LAS PIERNAS EN POSICIÓN
DE YOGA) ¡Es que me hice un lío con el sha,
she, shi, sho, shu!

Antonio.- ¿Cuál sha, she, shi, sho, shu?

Tamara.- Esos de los que hablabas el otro día. Que
Schuman, que Schiller, que Schleman...

Antonio.- ¡Ah! Es que te estaba dando una lección sobre
hombres ilustres de la historia. Ahí fue,
justamente, que te enseñé que Schubert fue un
genio de la música.

- Tamara.- Sí. (IRÓNICA) Y que Schiller descubrió las ruinas de Troya.
- Antonio.- No. Ese fue Schleman.
- Tamara.- Y que Schopenhauer fue el primero en escalar el monte Everest.
- Antonio.- (ESCANDALIZADO) ¡No! Schopenhauer fue un filósofo que estableció la escuela del pesimismo, donde hablaba de la oposición entre la voluntad, substrato de los fenómenos, y de la representación del mundo en la conciencia...
- Tamara.- (CON UN TONO DE FINGIDA ADMIRACIÓN) ¡Ah! Y que Schuman tenía un plan para desviar el río Nilo en el cuerno de África.
- Antonio.- ¡Jamás dije ese disparate!
- Tamara.- Y que Schiller era un maricón que enamoraba con la reina de Inglaterra.
- Antonio.- ¿Por qué estas hablando de ese modo, Tamara?
- Tamara.- (CON UN TONO RABIOSO) ¡Es que estoy adolorida, Antonio!
- Antonio.- ¿Por lo que ocurrió?
- Tamara.- ¡Claro! ¡Por la vergüenza que me hiciste pasar!
- Antonio.- ¿Qué yo te hice pasar? ¡Si el disparate lo dijiste tú!
- Tamara.- Pero pocos se dieron cuenta, con el alboroto que había.

Antonio.- Don Pedro Sanz, el historiador, se dio cuenta, y se rió burlón.

Tamara.- ¡Y tú te reíste con él, y después me sacaste del salón, delante de todos, diciendo que era mejor que nos fuéramos para evitar que yo siguiese diciendo tonterías. ¿Eso te parece bonito?

Antonio.- ¿Y qué querías que hiciera si realmente habías dicho un disparate?

Tamara.- Podías haberme ayudado.

Antonio.- ¿Ayudado? ¿Y cómo?

Tamara.- Como me ayudó ese joven que dijo que yo era una gran bromista.

Antonio.- ¿Cuál joven?

Tamara.- No me digas que no lo mirabas. Ese joven que se me acercó con galanterías, y queriendo conocerme

Antonio.- No reparé en él.

Tamara.- Claro que lo viste. Y yo estoy segura de que me sacaste de la reunión de esa forma tan brusca y humillante, justamente para alejarme de ese joven.

Antonio.- Yo no hice eso.

Tamara.- ¿No estabas celoso?

Antonio.- ¿Celoso? Bah Tú sabes que conmigo no caben esas tonterías, Tamara.

- Tamara.- Pues parecía.
- Antonio.- Yo no me dejo llevar por esos impulsos primitivos.
- Tamara.- El tema es que me humillaste delante de mucha gente, y eso me dolió.
- Antonio.- (CONCILIADOR) Bueno. Entiendo que debes estar lastimada, pero era necesario que aprendieras tu lección.
- Tamara.- ¿Otra lección?
- Antonio.- Sí. Si uno capitaliza las lecciones de la vida, avanza en el camino de la perfección.
- Tamara.- Para ti, todo tiene que encerrar una lección, ¿verdad?
- Antonio.- Así es.
- Tamara.- Lecciones al comer, al dormir, al pasear, al estar con la gente, al ir al baño...¿y a qué hora se vive, Antonio?
- Antonio.- (ELUDIENDO) Bueno. Otro día hablaremos de eso. Ahora vamos a aliviar el dolor de tu humillación.
- Tamara.- ¿Y cómo?
- Antonio.- Con uno de los ejercicios de meditación terapéutica..
- Tamara.- (MIRANDO IMPLORANTE AL PÚBLICO)
¡Oh, no, Dios mío!

Antonio.- Como ya estás en la posición correcta, vamos a hacer el ejercicio.

Tamara.- (PARA EL PÚBLICO) ¡Estoy arruinada!

Antonio.- (LA TOMA DE LOS HOMBROS, PONIÉNDOSE A SUS ESPALDAS, Y LE MASAJEA EL CUELLO) Cierra los ojos. ¿Ya están cerrados? Bien. Respira tres veces por la nariz, profundamente.

Tamara.- (AL PÚBLICO) Primero me masajeará, después me dirá que ponga la mente en blanco, después cobrarás tu estabilidad. ¿Estás haciendo el ejercicio?

Tamara.- Sí.

Antonio.- Repite el ejercicio varias veces, dejándote llevar por esa sensación de paz que tú misma construirás, mientras yo estabilizo tus centros de energía, masajeándote por varios minutos. Inclina la cabeza sobre el pecho y no pienses en nada.

(TAMARA INCLINA LA CABEZA, MIENTRAS ANTONIO MASAJEA SUAVEMENTE VARIAS ZONAS CERCANAS A SU CUELLO)

(CON VOZ SUAVE Y CADENCIOSA) Así. Eso es. La tranquilidad está volviendo a ti. Ya no habrá más molestia, Entrarás a un círculo de paz. Déjate llevar por mi voz. Así. Estarás muy bien. Muy bien. Nada te perturba. Nada. No piensas en nada. Sólo sientes una dulce laxitud que domina tus músculos. Y te dejas llevar, te dejas llevar, te dejas llevar...

(TAMARA, DE PRONTO, DEJA OIR UN FUERTE RONQUIDO / ANTONIO FRUNCE LAS CEJAS, SORPRENDIDO)

¿Tamara! ¡Estás roncando!

Tamara.- (REACCIONANDO) ¿Ah, sí? Disculpa Antonio.

Antonio.- (MEDIO AMOSCADO) Debías relajarte. No dormirte.

Tamara.- Es que tu voz me fue arrastrando...

Antonio.- Bueno. Se acabó el ejercicio de meditación trascendental.

Tamara.- Para librarme del dolor, te propongo algo más trascendental que la meditación.

Antonio.- ¿Qué cosa?

Tamara.- (LEVANTÁNDOSE) ¡El baile! Vamos a bailar. (PIDE) ¡Música! (ENTRA UN RITMO ALOCADO)

Antonio.- Ah, no. Yo no bailo.

Tamara.- ¡Eso!. ¡El reguetón! ¡Ponte a tono! Con el baile echaremos fuera todos nuestros dolores del alma. (BAILA CON TODA ENERGÍA INTENTANDO QUE ANTONIO LA SIGA, SIN LOGRARLO / SE DETIENE DESPUÉS DE UN MOMENTO) ¿No bailas?

Antonio.- No.

Tamara.- Ah, ya sé. Es que tú eres más antiguo. A ti te gusta...¡el tango! ¡Qué venga un tango! (ENTRA

UN RITMO DE TANGO / TAMARA TOMA A ANTONIO Y LE OBLIGA A MOVERSE) Baila, Antonio. (DAN ALGUNOS PASOS) Daremos algunos pasos. A ver. Primero el gancho...(ENTRECRUZA SU PIERNA CON LA DE ANTONIO)...ahora el voleo (OBLIGA A ANTONIO A DAR OTROS PASOS)...pero, Antonio, se supone que dobles una perna atrás. Ahora iremos con la mordida...(DESPUÉS DE UN PAR DE PASOS ATRAPA CON SUS DOS PIES UN PIE DE ANTONIO) ¡Ponle ganas, hombre! ¡Atención! Ahora haremos el ocho! (TAMARA SE MUEVE HACIA ATRÁS, ENTRECRUZANDO OCHO VECES SUS PIERNAS) ¡Listo! Vamos a rematar con la subida...(INTENTA GIRAR SOBRE LA PUNTA DE UN PIE LEVANTANDO EL BRAZO DE ANTONIO) ¡Y terminamos con otro gancho! (ENTRECRUZA NUEVAMENTE SU PIERNA CON LA DE ANTONIO, Y AMBOS CAEN APARATOSAMENTE, MIENTRAS TAMARA RÍE)

Tamara.- Ja, ja, ja...¡Ese sí fue un ejercicio relajante, ¿no crees?

Antonio.- (LEVANTÁNDOSE MEDIO CORRIDO) Bien. Te desquitaste.

Tamara.- (IRÓNICA) ¿Qué lección podemos sacar de todo esto?

Antonio.- Deja a un lado tus ironías. Si no aprecias mis esfuerzos...

Tamara.- Los aprecio, Antonio.

Antonio.- ...prefiero irme.

Tamara.- Sí. (BAJANDO EL TONO DE SU VOZ) Creo que es mejor que nos vayamos.

Antonio.- Regresaré al juego.

Tamara.- (ACENTUANDO LA FRASE) Yo me iré.

Antonio.- Debo ganarle un par de jugadas al Destino.

Tamara.- Igual yo.

Antonio.- ¿Tú también tienes tu juego?

Tamara.- Sí.

Antonio.- Bueno. Vamos a ganar.

Facundo.- (LLAMANDO) Acérquese de una vez, Antonio.

Antonio.- Ahí me reclaman. (SE ENCAMINA HACIA LA MESA DE JUEGO)

Tamara.- Anda. (PAUSA) Adiós, Antonio, adiós.
(TAMARA LO MIRA UN MOMENTO / LUEGO SE DA VUELTA Y SALE / ANTONIO SE SIENTA JUNTO A LA MESA)

Facundo.- ¿Se le puso levantisca la moza?

Antonio.- Hay que dejar que algunas veces se rebele. Eso equilibra su autoestima.

Facundo.- ¿Y cuándo será la boda?

Antonio.- Casi inmediatamente.

- Facundo.- Felicidades, pues.
- Antonio.- Gracias, don Facundo. ¿Y su jarrón?
(APARECE JUAN ENTRANDO POR EL
EXTREMO OPUESTO DEL ESCENARIO)
- Facundo.- (MIRANDO ENTRAR A JUAN) ¡Creo que ahí
lo traen!
- Juan.- (LLEGANDO) Don Facundo...
- Facundo.- Amigo Juan, ¿está trayendo mi jarrón?
- Juan.- Estoy trayendo noticias.
- Facundo.- ¿Qué noticias?
- Juan.- Primero, usted ya está enterrado.
- Facundo.- (SORPRENDIDO) ¿Ah, sí?
- Juan.- Lo encontraron, lo desenterraron, le hicieron
la autopsia, lo sacramentaron y lo enterraron, y
ahora reposa en un discreto nicho del cementerio
general.
- Facundo.- ¿Y cómo fue el entierro?
- Juan.- Normal y sin mucho llanto.
- Facundo.- ¿Hubo mucha gente?
- Juan.- No.
- Facundo.- ¿No? ¿Mis colegas docentes? ¿Las autoridades
de la universidad? ¿Mis alumnos?
- Juan.- No estuvieron.

- Facundo.- ¡No? ¿Estuvo mi familia?
- Juan.- Su esposa, que sí lo lloró, sus hijos y su cuñada, que acompañaba a su esposa, y que no lo lloró.
- Facundo.- ¿Nadie más?
- Juan.- Parece que un amigo de su cuñada.
- Facundo.- ¿Por qué no habría más gente, no?
- Juan.- Es que las circunstancias de la muerte fueron especiales, la autopsia, las formalidades de ley, parece que todo fue una confusión...
- Facundo.- ¡Ah, sí! (SE SIENTA DESMORALIZADO)
¡Carajo! No me acompañaron. ¡Qué decepción!
- Juan.- La otra noticia es que su tienda ya no existe.
- Facundo.- (PARÁNDOSE SORPRENDIDO) ¿No existe?
¿Qué pasó?
- Juan.- Que la desmantelaron.
- Facundo.- (ENOJADO) ¿Cómo fue eso? ¿Y los objetos de arte? ¿Y las antigüedades? ¡Si allí había tesoros?
- Juan.- Su mujer necesitaba dinero, y liquidó todo lo que había.
- Facundo.- ¡Qué desastre, por Dios! ¡Toda una vida de coleccionar, y juntar, y acumular...! ¡Todo aniquilado por una estúpida que no supo apreciar el valor de esos objetos!
- Juan.- Es que su esposa necesitaba plata.

- Facundo.- Pero si yo tenía dos cuentas en los bancos...
- Juan.- Su esposa jamás se enteró de esas cuentas, y ahora los bancos se quedaron con sus ahorros.
- Facundo.- ¿Y la vieja que me mató?
- Juan.- Esa es la otra noticia. Diña Flora está libre.
- Facundo.- (EXPLOTANDO EN RABIA) ¿Libre? ¿La dejaron libre? ¡Si me mato!
- Juan.- Los jueces dijeron que la muerte fue accidental y que actuó en defensa propia, y la liberaron.
- Facundo.- (CAYENDO DE RODILLAS) ¡Ah! ¡Vieja miserable! (GOLPEA EL PISO CON LOS PUÑOS) ¡Así que salió libre la vieja! (DETENIENDO SU FURIA UN MOMENTO) ¿Y su deuda? ¿Y mis intereses? ¿Los pagó?
- Juan.- No pagó nada, porque no hubo nadie que le cobrara nada.
- Facundo.- (NUEMANTE FURIOSO, GOLPEANDO EL PISO) ¡Eso más! ¡Vieja aprovechadora! ¡Maldición, maldición, maldición...! (DETENIÉNDOSE OTRA VEZ) ¿Y mis otros deudores? Eran más de treinta que me debían intereses y capitales...
- Juan.- Al morirse usted, todos respiraron aliviados, porque ya no tienen que pagar nada.
- Facundo.- (FURIOSO) ¡No puede ser! ¡Tendrían que pagarme! (VUELVE A GOLPEAR EL PISO) ¡Me tienen que pagar!

Juan.- Pero, ¿para qué quiere usted dinero?

Facundo.- ¡Para guardarlo! ¡Para tenerlo! ¡No puede ser que toda una vida de ahorro se vaya por la cloaca!

Antonio.- (ACERCÁNDOSE PARA AYUDARLO A PARARSE) Tranquilo, don Facundo. Cállese. No se vaya a desmayar de rabia. (FACUNDO SE NIEGA A LEVANTARSE PERMANECIENDO DE RODILLAS)

Facundo.- ¡Es tan injusta la vida!

Juan.- Sí. Es injusta. Y también la muerte.

Facundo.- ¿Y mi jarrón? ¿Lo encontró?

Juan.- Le seguí la pista...

Facundo.- ¿Tiene el jarrón o no?

Juan.- Tengo sólo su pista.

Facundo.- ¿Y cuál es esa pista?

Juan.- El jarrón lo tenía su esposa y como nadie se lo compró, le puso unas flores. Una tarde sus hijos quitaron las flores y pusieron el jarrón boca abajo para que formara parte de una estación espacial en un combate galáctico...

Facundo.- (TOMÁNDOSE EL PECHO) ¡Dios mío!

Juan.- Pero llegó su cuñada y les quitó el jarrón y parece que se lo llevó. Así que habrá que buscar a su cuñada para recuperarlo.

Facundo.- ¡Hágalo!

Juan.- Lo haré lo más rápido posible.

Facundo.- (CUBRIÉNDOSE LA CARA CON LAS DOS MANOS) ¡Cuánto sufrimiento, Señor! ¡Cuánto sufrimiento!

Juan.- A propósito de sufrimiento, su esposa también esta sufriendo.

Facundo.- ¡Mi jarrón! ¡Mi tienda!

Juan.- Usted la domesticó y ahora parece que sigue añorando el sometimiento.

Facundo.- (SIN ESCUCHAR) ¡Malditos deudores! ¡Algún día tendrán que pagar sus deudas!

Juan.- Le decía que su esposa...

Facundo.- ¡Mi jarrón! ¡Mi lámpara de cristal de roca! ¡Mis dos tapices de Persia!

Juan.- Le decía que sus hijos....

Facundo.- ¡Pero ya verán, ya verán...!

Juvenal.- (ENTRANDO Y MIRANDO A FACUNDO) Y ahora, ¿qué está haciendo este k'ara? ¿Está rezando?

Facundo.- (MOVIENDO AMENAZADOR SU DEDO ÍNDICE) Sí. Estoy rezando. Y tú también deberías rezar, pagano.

- Antonio.- Bueno. No empecemos otra vez. Y vamos a jugar que hay una partida inconclusa.
- Juan.- Sí. Juguemos. Por favor, siéntense.
- Antonio (LEVANTA A FACUNDO Y LO HACE SENTAR / TAMBIÉN SE SIENTAN LOS DEMÁS) ¿Y cómo le fue, amigo Juan, con su amiga Lucero?
- Juan.- (PREPARANDO Y REPARTIENDO CARTAS) En realidad, no sé.
- Antonio.- ¿Cómo es eso?
- Juan.- Paseamos por Tumupasa, ayudamos a un joven con una fístula anal, hicimos el amor, penetramos por la selva virgen, le mostré mis terrenos y después...
- Antonio.- ¿Qué pasó después?
- Juan.- No pasó nada. Ni habló del terreno ni de nada, y ahora Lucero está distanciada y parece que me elude...
- Antonio.- ¡Así son las mujeres! Inestables, impredecibles, incomprensibles. Por eso es preciso domesticarlas...
- Facundo.- O, de plano, abandonarlas, como lo hice yo.
- Antonio.- Bueno. Vayamos al juego.
- Juan.- ¿Qué apuestan?

- Facundo.- Apostaré por mi hermoso jarrón chino de la dinastía Ming. Para que usted, amigo Juan, lo encuentre rápido y me lo traiga.
- Juvenal.- ¡Y yo apostaré contra su jarrón!
- Facundo.- (MIRANDO A JUVENAL, IRACUNDO)
¿Cómo?
- Juvenal.- ¡Apostaré contra su jarrón, para que se rompa y para que los perros le caguen encima!
- Facundo.- ¡Maldito! ¡Y yo volveré a apostar contra su oro!
- Juvenal.- ¡Y yo apostaré para que el Tío se lo coma a usted!
- Facundo.- ¡Y yo apostaré para que el Tío se indigeste y se muera!
- Juvenal.- ¡Y yo apostaré...!
- Juan.- Alto, alto, alto...sólo cabe una apuesta por juego.
- Facundo.- Bueno. Voy por mi jarrón.
- Juvenal.- Y yo apuesto contra su jarrón.
- Facundo.- Veremos quién gana, si Dios o la superstición.
- Juvenal.- Ni siquiera sé que será eso.
- Juan.- ¿Y usted don Antonio?
- Antonio.- Esta vez voy por Tamara.
- Juan.- A propósito de Tamara, don Antonio. Quería preguntarle algo.

Antonio.- ¿Qué cosa?

Juan.- ¿No quisiera usted venderla?

Antonio.- (SORPRENDIDO) ¿Cómo?

Juan.- ¿No quisiera usted venderla?

Antonio.- ¿A Tamara?

Juan.- Sí. Como a una estatua de valor.

Antonio.- ¿Por qué me pregunta eso?

Juan.- Es que he conocido a un turista árabe, allí en Tumupasa, ávido de emociones, y le hablé de Tamara, y me dijo que le gustaría conocerla.

Antonio.- Pero, ¿no le parece un atrevimiento?.

Juan.- Es recontra multimillonario. La podemos vender en una millonada, y vamos a medias. ¿Qué le parece?

Antonio.- Realmente tiene usted unas ideas muy alocadas e impertinentes, amigo Juan.

Juan.- Bueno, es que yo pensaba, como usted dice que es una estatua, pues, todas las estatuas tienen un valor y yo...

Antonio.- Basta, amigo Juan. Dejemos el tema o me voy a molestar.

Juan.- Yo sólo decía...

- Antonio.- Reparta las cartas.
- Juan.- Ahí van...(REPARTE LAS CARTAS Y TODOS TOMAN LAS SUYAS) ¿Quién abre?
- Facundo.- Yo cambio una.
- Antonio.- Y yo dos.
- Juvenal.- Y yo voy a querer...
- Ubalдина.- (ENTRANDO FURIOSA Y ARREMETIENDO CONTRA JUVENAL) ¡Maldito, desgraciado, habías tenido otra chola!
- Juvenal.- ¡Ubalдина!
- Ubalдина.- (LO TOMA DE LOS CABELLOS Y LO LANZA AL SUELO, INCLUYENDO LA SILLA) ¡Te voy a matar, te voy a matar, desgraciado...!
- Juvenal.- (INTENTANDO PARARSE) ¡Cálmate, Uba, cálmate...!
- Ubalдина.- ¡No me da la gana de calmarme, mujeriego maldito...! ¡Habías estado viviendo feliz, en tu mina, con tu otra chola!
- Juvenal.- ¡Te voy a explicar, Ubita!
- Ubalдина.- (ATACÁNDOLO Y GOLPEÁNDOLO CON LOS PUÑOS CERRADOS) ¿Qué cosa me vas a explicar? ¿Qué cosa me vas a explicar? ¿No tienes otra chola?

Juvenal.- (RETROCEDIENDO, INTENTANDO PARAR LOS GOLPES) ¡No es mi chola, no es mi chola...!

Ubalдина.- ¿Ah, no? Y entonces ¿de quién es, pues, esa Estela?

Juvenal.- (ESQUIVANDO LOS GOLPES, INTENTANDO TOMARLE LA MANO) No sé de quién será...

Ubalдина.- (GRITANDO) ¡Si todos habían sabido tus amores, allí en tu mina, desgraciado mujeriego! (LO ATACA NUEVAMENTE MIENTRAS JUVENAL RETROCEDE)

Juvenal.- ¿Y quién te ha avisado? ¿Quién te ha avisado?

Ubalдина.- Todo el pueblo me ha avisado. Han venido doña Hilda, doña Carmen, doña Clota, doña Paula, a esa reunión de cristianos, y ahí me han avisado todo.

Juvenal.- ¿Ves? Por eso te he dicho que no vayas a esas reuniones.

Ubalдина.- ¡Sinvergüenza! Con razón no querías que vaya a tu mina, no?

Juvenal.- ¡Cálmate, Ubita, hablaremos!

Ubalдина.- ¡(IMITANDO) ¡Que las mujeres no tienen que entrar a la mina, porque son k'enchas! ¡Nunca tienes que venir, porque traerías mala suerte! ¿Y la tal Estelita, no trae mala suerte? ¿No trae, no trae...? ¡Maldito, maldito...! (ATACA A JUVENAL CON MAYOR FURIA, Y ÉL OPTA POR DARSE LA VUELTA Y SALIR CORRIENDO MIENTRAS ELLA LO

PERSIGUE GRITANDO / SALEN DEL ESCENARIO Y VUELVEN A ENTRAR POR EL OTRO EXTREMO / UBALDINA PUÑETEA A JUVENAL QUE VUELVE A SALIR CORRIENDO CON ELLA POR DETRÁS / ASÍ DAN UN PAR DE VUELTAS MÁS ENTRANDO Y SALIENDO POR AMBOS EXTREMOS / AL FINAL UBALDINA CAE DE RODILLAS Y LLORA)
¡¡Cuánta plata le habrás dado a esa Estela, mientras aquí no había ni para la comida de tus hijos!

Juvenal.- (INTENTANDO CALMARLA) Cálmate, Ubita. Es verdad que esa Estela me molesta, pero...

Ubalдина.- (GRITANDO) ¡Ya no mientas, mentiroso! Hace más de dos años que habías estado con ella. Y también le habías ofrecido un micro...

Juvenal,- No. Ella era la que me pedía un micro...

Ubalдина.- ¿Ella te lo cocinaba, no? Y a mí me decías que sufrías, que extrañabas mis comidas...maldito!

Juvenal.- No. Es verdad que extrañaba tus comidas. Estela hacía quemar todas las veces el arroz.

Ubalдина.- ¡Sinvergüenza!

Juvenal.- Perdóname, Ubita. Últimamente, yo ya no la estaba viendo a Estela...

Ubalдина.- ¿Cómo no le estabas viendo, si vivían juntos?

Juvenal.- Sí, pero yo llegaba tarde, y ella ya estaba durmiendo, y no quería despertar...

Ubalдина.- ¡Desgraciado, sinvergüenza!

Juvenal.- A fin de mes ella tenía que irse.

Ubalдина.- ¿A dónde?

Juvenal.- A su pueblo, a Caquiaviri.

Ubalдина.- ¿Y vos te tenías que encontrar otra chola, ¿no?

Juvenal.- No, no...

Ubalдина.- Sí. ¿Crees que no sé que antes de esa Estela, habías estado con una Rosita?

Juvenal.- (SORPRENDIDO) ¿Rosita?

Ubalдина.- ¡No te hagas, pues, el zonzo, si toda tu vida me han contado las señoras.

Juvenal.- ¡Viejas mete líos! ¡Y se dicen cristianas!

Ubalдина.- Ahora, ándate, nomás, con tu Estela. Ya no quiero que estemos juntos.

Juvenal.- Pero, no nos podemos separar, pues, Ubita...

Ubalдина.- Ya estamos separados.

Juvenal.- No. No nos podemos separar.

Ubalдина.- Ándate por tu lado! ¡Ya no me importa lo que hagas!

Juvenal.- No seas así...

Ubalдина.- ¡Ándate y quédate con tu oro de Corocoro!
¡Mentiroso! ¡Si ese oro no existe!

- Juvenal.- Existe. Algún día va a aparecer.
- Ubalдина.- (PARÁNDOSE) Ya no te quiero ver.
- Juvenal.- Me tienes que perdonar, Ubalдина.
- Ubalдина.- (ECHÁNDOLO ¡Ándate! ¡Fuera, fuera...! Ya no vamos a estar juntos nunca más! (TRATA DE SALIR DEL ESCENARIO / JUVENAL LA SIGUE)
- Juvenal.- ¿Ya no quieres estar conmigo? ¡Ah, ya sé! Es para juntarte con ese peruano, ¿no?
- Ubalдина.- ¡Qué peruano ni qué peruano!. De eso, nomás, sabes hablar.
- Juvenal.- ¿Lo has estado viendo, no?
- Ubalдина.- ¿Vos crees que yo soy como vos? ¿Crees que yo soy una sinvergüenza como vos?
- Juvenal.- Entonces, ¿por qué te quieres separar?
- Ubalдина.- ¡Por tu chola, pues, por tu amante!
- Juvenal.- Pero te estoy diciendo que Estela se va a ir.
- Ubalдина.- Se va a ir y vos, rápido, te vas a encontrar a otra, ¿no?
- Juvenal.- No. Ya no me voy a encontrar. (LA TOMA DEL BRAZO)
- Ubalдина.- (HACIÉNDOSE SOLTAR) Suéltame, mañudo, desgraciado.
- Juvenal.- Hablaremos, Ubalдина.

Ubalдина.- (GRITANDO) ¡No quiero hablar nada! ¡Ándate, ándate...!

Juvenal.- ¡Ah! Entonces es ese peruano...

Ubalдина.- ¡No te voy a ver nunca más! (TRATA DE SALIR Y JUVENAL LE LANZA UN PUNTAPIÉ)
¡Ayyy...!

Juvenal.- Párate, carajo! Me tienes que explicar sobre el peruano.

Ubalдина.- (LLORANDO) ¡Maricón! ¡Malvado! ¡Para eso, nomás, sirves! ¡Para maltratarme! ¡Ayyy...!

Juvenal.- ¡Habla, pues! ¿Ha venido el peruano? ¡Habla!
(LA GOLPEA NUEVAMENTE / UBALDINA REACCIONA Y LO GOLPEA EN EL ROSTRO / AMBOS SE ENZARZAN EN UNA PELEA)

Ubalдина.- (/GRITANDO) ¡Fuera, maricón, fuera! ¡Me has lastimado! ¡No te quiero ver, fuera...!

Juvenal.- ¡Me tienes que explicar...!

Ubalдина.- (ATACÁNDOLO CON FURIA) ¿Me quieres matar? ¡Mátame, pues, pero ni aunque me mates voy a volver contigo!

Juvenal.- (TRATANDO DE CALMARLA) A ver, cálmate, Ubalдина, hablaremos.

Ubalдина.- ¡Anda a hablar con tus cholas! ¡Maldito, maldito, malvado...!
(SALE GRITANDO Y COJEANDO DEL ESCENARIO, CON JUVENAL QUE INTENTA DETENERLA)

Juan.- (DESPUÉS DE UNA BREVE PAUSA) Terminó el segundo round.

Facundo.- (IRÓNICO) Se ha ido el heroico minero.

Antonio.- ¿Y ahora, qué hacemos?

Facundo.- Tendremos que suspender el juego.

Juan.- Sí, porque éramos cuatro y ahora somos tres.

Antonio.- A este paso, ¿cuándo vamos a acabar?

Juan.- Volveremos a empezar cuando Juvenal aparezca.

Antonio.- ¿Y mientras tanto?

Facundo.- Mientras tanto, mi amigo Juan va a buscar a la hermana de mi viuda, y va a recuperar mi jarrón, ¡y no va a volver sin mi jarrón!.

Juan.- Bueno. Haremos el esfuerzo. Y usted, ¿qué va a hacer, don Antonio?

Antonio.- Yo definiré mi vida.

Juan.- ¿Ah, sí?

Antonio.- Sí. Los plazos se han vencido y la obra parece que ya está terminada.

Juan.- Entonces, Tamara...

Antonio.- ¡Quedan invitados a mi boda!

(FACUNDO Y JUAN APLAUDEN)

Facundo.- Felicidades, don Antonio.

Antonio Gracias, don Facundo.

Facundo.- La obra que ha realizado con la señorita Tamara demuestra que es usted un planificador frío y calculador

Antonio.- Es que nosotros debemos manejar nuestras vidas, y no dejar que nuestras vidas nos manejen a nosotros, don Facundo..

Facundo.- Apruebo ese punto de vista..

Juan.- Me adelanto a brindar por su felicidad, don Antonio. ¡Será una gran fiesta!

Antonio.- No. Será una fiesta tranquila y moderada en todo, porque yo no soy ningún manirroto.

Facundo.- En lo cual le apoyo.

Juan.- Bueno, con poco o con mucho, igual tendremos pachanga.

Facundo.- Con esa buena noticia, y para que todos estemos muy contentos le pido, amigo Juan, y le ruego, y le suplico, que vaya por mi jarrón.

Juan.- (LEVANTÁNDOSE) Voy y, de paso, resolveré también mi tema con mi amiga Lucero.

Antonio.- ¡Eso! Las energías son positivas, don Juan. Vaya con optimismo y no permita que su amiga Lucero le haga ningún mohín desdeñoso.

Juan.- ¿Qué es un mohín?

Antonio.´ Después le explico.

- Juan.- Sí. Hasta después. (SALE)
- Antonio.- Yo voy por Tamara. No tardo. ¿Y usted, don Facundo?
- Facundo.- Aquí los espero.
- Antonio.- ¿No se va a morir de aburrimiento?
- Facundo.- Ya no me puedo morir de nada.
- Antonio.- Ja, ja, ja...es verdad.
- Facundo.- Esperare con paciencia.
- Antonio.- Hasta más tarde, don Facundo.
(ANTONIO SALE / FACUNDO QUEDA SENTADO / EL ESCENARIO SE OSCURECE COMPLETAMENTE POR UN MINUTO / VUELVE LA LUZ Y FACUNDO APARECE DE PIE)
- Facundo.- ¡Otra vez el tedio y otra vez la náusea! No entiendo por qué no me otorgan la paz y el premio que merezco por mi vida. ¿Será por algo que quedó pendiente? ¿A lo mejor por esa empleada que embaracé y que despedí? ¡Bah! Pero si esas se embarazan a cada rato. (CAMINA UN POCO) ¿Qué hago aquí si yo cumplí contigo, papá? (IMITA) ¡Disciplina! ¡Orden! ¡Nada de pensar en el sexo! Date con el látigo, y dale con el látigo a tu familia. ¡Austeridad! ¡ ¡Austeridad! Sí, señor. Mi vida fue eso. En el seminario, en los momentos que conviví con mi padre, y en los momentos que conviví con mi familia. ¿En qué fallé? ¡Ah! ¡Ahí está Juan!

Juan.- (LLEGANDO) Don Facundo. Aquí está usted.

Facundo.- Sí. Aquí sigo. ¿Y dónde está mi jarrón?

Juan.- No se sabe.

Facundo.- ¿Cómo es eso?

Juan.- Encontré a su cuñada y no lo tiene.

Facundo.- ¿No se lo llevó ella?

Juan.- Dice que no. Que les quitó el jarrón a sus hijos, y que lo puso junto a la ventana.

Facundo.- ¿Y, entonces?

Juan.- Entonces, la sospecha es que sus hijos lo volvieron a tomar para que continuara sirviendo como base intergaláctica, por su aspecto surrealista.

Facundo.- ¿Y...?

Juan.- Y la sospecha es que en una de las escaramuzas del combate, la estación intergaláctica voló en mil pedazos...

Facundo.- (CAYENDO DE RODILLAS) ¡No!

Juan.- Es que no aparece por ningún lado.

Facundo.- Pero, ¿preguntaron a mis hijos?

Juan.- Sí.

Facundo.- (ALTERADO) ¿Y qué dicen?

Juan.- Se miran entre ellos, bajan la vista, niegan haberlo

visto...y eso me hace sospechar que sí lo despedazaron en el combate.

Facundo.- ¡No!

Juan.- Es que, al parecer, el combate fue muy intenso.

Facundo.- ¡No!

Juan.- De esos combates fantasmagóricos y espectaculares que no se ven todos los días.

Facundo.- ¡No!

Juan.- Y entonces, la probabilidad más probable, es que la estación, o sea el jarrón, una vez quebrado, haya ido a parar al basurero de la casa y de ahí al carro basurero, y que ahora sus restos reposen en un terreno de desechos de la ciudad..

Facundo.- (FURIOSO) ¡No haga bromas con esta tragedia!

Juan.- Le cuento las cosas tal cual son.

Facundo.- Entonces, fueron mis hijos.

Juan.- Posiblemente.

Facundo.- ¡Mocosos irresponsables de mierda!

Juan.- (SORPRENDIDO) ¡Don Facundo! ¡Se trata de sus hijos!

Facundo.- ¡Y se trata de una extraordinaria obra de arte, irremplazable, producto del genio de algún artista chino de hace seis siglos!

- Juan.- (TRATANDO DE CONSOLARLO) Bueno, estamos presumiendo ese desastre. Por ahí tampoco ha pasado nada. Seguiremos investigando, don Facundo.
- Facundo.- (PONIENDO LA FRENTE CONTRA EL PISO) ¡No! ¡Algo así ha ocurrido! ¡Mi alma lo presiente! ¡Hagamos luto por ese jarrón de la dinastía Ming! (LLORA)
- Juan.- ¡Oh! No llore, don Facundo. Mire, yo le puedo conseguir otros jarrones, de esos que llegan de la China, o de Corea, o del Japón, y que se venden en el mercado de abasto. Son baratos porque los fabrican en serie y...
- Facundo.- (LLORANDO) ¿Cómo puede sugerir semejante estupidez?
- Juan.- Yo sólo decía, don Facundo, además, un jarrón es un jarrón y...
- Facundo.- (GRITANDO) ¡Basta! ¡No se burle, Juan!
- Juan.- Está bien, está bien...ahora, procure tranquilizarse, don Facundo.
- Facundo.- (EN EL SUELO) ¡Qué desgracia, Señor! ¿Puede haber alguna otra desgracia más grande que la mía?
- Antonio.- (ENTRA TAMBALÉÁNDOSE, CON EL ROSTRO PÁLIDO Y DESENCAJADO) ¡Sí! ¡La mía!
- Juan.- ¡Don Antonio! ¿Qué le pasó?
- Antonio.- Tamara se fue.

- Juan.- ¿A dónde?
- Antonio.- A donde nunca más la encuentre nadie. Eso dice en el papel que me dejó.
- Facundo.- (INCORPORÁNDOSE) ¿Lo abandonó?
- Antonio.- Sí.
- Juan.- (ALARMADO) ¿Y la boda?
- Antonio.- No habrá boda.
- Juan.- ¡No puede ser! ¡No puede hacernos eso!
- Facundo.- Entonces...la estatua se liberó.
- Juan.- ¡Qué desagradecida!
- Antonio.- Tanto tiempo de esculpirla...
- Juan.- (DESANIMADO) Ya no tendremos pachanga.
- Antonio.- (CON LA VOZ TEMBLOROSA) Si yo trabajé hasta su alma.
- Facundo.- Ahora vuela sola.
- Juan.- Yo podría buscarla, don Antonio, y traerla aunque sea a sopapos.
- Antonio.- (CON VOZ TEMBLOROSA) No. Si quiso irse, que se vaya.
- Juan.- No puede permitir eso, don Antonio. Tanto esfuerzo que le costó a usted.

Facundo.- La mujer es fuente de toda inconstancia.

Juan.- En eso estoy de acuerdo. Mi Lucero también ha desaparecido.

Facundo.- ¿Sin decirle nada?

Juan.- Me dijo que creía que iba a ir, no sabía a dónde...y ya no supe más.

Facundo.- ¿Pero va a volver?.

Juan.- Más bien me dio a entender que ya no quiere saber de mí.

Facundo.- Lo dicho. La mujer es impredecible.

Antonio.- (BUSCA UNA SILLA Y SE DERRUMBA QUEDANDO CON LA CABEZA DOBLADA CONTRA SU PECHO / SE MUEVE CON ALGUNOS LLANTOS AHOGADOS) ¡Yo confié...!

Facundo.- Animo, don Antonio. La vida continúa.

Antonio.- Ese es un consuelo muy poco original.

Facundo.- Pero es verdad que la vida continúa...¡hasta que se termina! Como en mi caso. Usted, en cambio, está vivo.

Antonio.- ¿Sí?

Juan.- (CONSOLANDO) Ella va a volver, don Antonio.

Antonio.- No.

Juan.- Va a regresar, porque siempre le va a hacer falta un poco de cincel y un poco de martillo.

Antonio.- No. Ya no.

Juan.- ¡Arriba el ánimo, don Antonio! Al final de cuentas, se trata sólo de un trabajo, de no sé cuantos años...que salió mal.

Antonio.- (CON TONO IRÓNICO) Sí. Sólo se trata de eso.

Juan.- (INSPIRADO) Le propongo lo siguiente.
¡Hagamos una fundación para esculpir estatuas!

Antonio.- ¿Qué dice usted?

Juan.- Fíjese. Yo conocí, allí en Tumupasa, en la selva, en el norte de La Paz, una joven indígena de una belleza exótica, extraordinaria. ¡Se la puedo traer para que usted la eduque y la forme y la convierta en una dama!

Facundo.- ¡Qué cosa más estúpida!

Juan.- Ella se llama Isnuj aré antiruxwa,

Facundo.- (ENOJADO) ¡Pero qué cosa más disparatada!

Juan.- ¿Por qué, don Facundo?

Facundo.- ¿Cómo pretende que una indígena llegue a ser una dama?

Juan.- Sería un gran desafío para don Antonio.

Facundo.- (CASI GRITANDO) ¡Los indígenas han nacido para vivir y morir indígenas!

Juan.- Pero si don Antonio agarra su cincel y su martillo...(HACE UNA DEMOSTRACIÓN)

Facundo.- ¡Cállese, Juan!

Juan.- (SIN HACER CASO) Es muy linda. La puede formar, educar y, al final, hasta se puede casar con ella, claro, si es que usted no tiene problemas con ese tema de las razas, ¡y así se olvida de Tamara!

Antonio.- (MOVIENDO LA CABEZA) ¡Por Dios!

Juan.- (MÁS ANIMADO) Naturalmente que primero habrá que enseñarle el castellano, pero como es muy inteligente, aprenderá rápido.

Antonio.- Don Juan...

Juan.- Usted puede lograrlo.

Antonio.- Don Juan...

Juan.- (DEJÁNDOSE LLEVAR POR LA IMAGINACIÓN) ¿Y qué tal si, en lugar de una, me traigo varias? Como son muy pobres, allí los padres andan regalando a sus hijas.

Antonio.- ¡Don Juan!

Juan.- Las seleccionamos, las traemos, las educamos, y luego las vamos vendiendo con pingues ganancias. ¡Yo conseguiría los clientes! Hay muchísimos.

Antonio.- (GRITANDO) ¡Don Juan!

Juan.- ¡Podríamos fundar una ONG como esas que

trabajan en el oriente, especializada en educar indígenas jóvenes y bonitas! Nos podrían asesorar algunos antropólogos extranjeros, mejor si provienen de Cambridge, o de Harvard, o de...

Antonio.- ¿No entiende que le dijeron que se calle?

Juan.- (DETENIENDO SU IMPULSO) ¿Qué me calle?

Antonio.- Sí. Cállese.

Juan.- Bueno. Al final, era una idea...

Facundo.- Y ahora, ¿qué hacemos con nuestras penas?

Juan.- Sigamos apostando al Destino. Volvamos a las cartas.

Facundo.- (SENTÁNDOSE) Sí. Haga un buen reparto.

Antonio.- Reparta, amigo Juan.

Juan.- (REPARTE) Ya está. ¿Cuántas cartas van a cambiar?

Antonio.- Yo cambiaré tres.

Facundo.- ¡Maldición! ¡Yo cambio las cinco!

Juan.- Yo tomaré dos. Y ahora, ¿qué apostarán los señores? Don Antonio, ¿apostará a Tamara?

Antonio.- Ya no...

Juan.- ¿No quiere apostar a Isnuj aré antiruxwa?

Facundo.- ¿No escuchó que le dijeron que se calle?

- Juan.- En lugar de hacerme callar, dígame por qué va a apostar usted, ¿Seguirá insistiendo con su jarrón?
- Facundo.- Sí.
- Juan.- Bueno. La esperanza es lo que apuntala la vida...y también la muerte.
- Antonio.- Así es. No perdamos la esperanza.
- Juvenal.- (ENTRANDO ENFURECIDO Y ARREMETIENDO CONTRA FACUNDO)
¡K'ara de mierda! ¡Te voy a matar!
- Facundo.- ¿Eh?
- Juvenal.- ¡A vos te hablo k'ara de mierda! ¡Me las vas a pagar, carajo!
- (SE LANZA CONTRA FACUNDO Y LO TIRA AL SUELO, GOLPEÁNDOLO CON FURIA / FACUNDO RECIBE LOS PRIMEROS GOLPES Y LUEGO REACCIONA DEFENDIÉNDOSE Y TAMBIÉN GOLPEANDO / AMBOS HOMBRES SE TENZAN EN UN COMBATE RODANDO POR EL SUELO Y AGARRÁNDOSE MUTUAMENTE POR LOS CUELLOS)
- Facundo.- (DEFENDIÉNDOSE DEL ACOGOTAMIENTO) ¡Suéltame, minero de porquería! ¡Suéltame...!
- Juvenal.- ¿Te voy a matar!
- Juan.- (REACCIONA Y BUSCA SEPARARLOS)
¡Alto! ¡Alto! ¡No hagan eso!

- Antonio.- (ACUDE TAMBIÉN A SEPARARLOS) ¡No peleen! ¡Ya no peleen!
- (CON ESFUERZO LOS SEPARAN / ANTONIO Y JUAN SUJETAN A JUVENAL QUE ES EL MÁS ENFURECIDO)
- Juan.- ¡Calma, compañero Juvenal! ¡Calma!
- Antonio.- ¡Tranquilo, compañero Juvenal! ¿Qué es lo que ha pasado?
- Juvenal.- (FURIOSO) ¡Tengo que matarlo!
- Juan.- ¿Y por qué quiere matarlo?
- Juvenal.- ¡Porque él me mató a mí!
- Antonio.- ¿Cómo es eso de que lo mató? ¿Usted está muerto?
- Juvenal.- (GRITANDO) ¡Sí! ¡Estoy muerto! ¡Estoy muerto, allí en mi mina!
- Juan.- No lo puedo creer. ¿Y quién lo mató?
- Juvenal.- ¡Me mató ese k'ara de mierda!
- Antonio.- ¿Y cómo ocurrió? ¿Puede explicarnos?
- Juan.- A ver, cuéntenos, compañero, ¿cómo murió?
- Juvenal.- ¡Este k'ara se metió a mi mina y...! (INTENTA ATACAR NUEVAMENTE A FACUNDO, QUIEN SE SOBA EL CUELLO / JUAN Y ANTONIO VUELVEN A DETENERLO Y A APACIGUARLO)

Antonio.- ¡Tranquilo, hombre! ¿Qué pasó? A ver, cuente.

Juvenal.- Este k'ara se metió a mi mina y destrozó la ofrenda que yo le había puesto al Tío!

Juan.- ¿Destrozó su ofrenda?

Juvenal.- (GRITANDO) ¡Sí! ¡Agarró la ofrenda y la botó al suelo, luego la pisoteó y luego se orinó encima...!

Juan.- (SORPRENDIDO) ¿Usted hizo eso, don Facundo?

Juvenal.- Sí, que no lo niegue. Mi mesita apareció destrozada y orinada, y sabe Dios qué cosas más haría este cochino de mierda!

Antonio.- ¡Apareció destrozada! ¿Y quién le contó que fue don Facundo el que hizo tal cosa?

Juvenal.- El Tío me contó.

Juan.- ¿Usted habló con el Tío?

Juvenal.- El Tío me contó, y el Tío no me va a mentir.

Antonio.- ¡Qué extraño es todo esto!

Juvenal.- Me contó todo lo que hizo este chancho. El Tío me avisó.

Juan.- A ver, don Facundo, díganos si usted destrozó la mesa del compañero Juvenal.

Facundo.- (FROTÁNDOSE EL CUELLO, TRATANDO DE HABLAR) Sí. Yo fui.

- Juvenal.- ¿No ve? ¿No ve? ¡Lo voy a matar! (INTENTA ATACAR OTRA VEZ, Y OTRA VEZ ES DETENIDO)
- Antonio.- Deténgase, Juvenal. ¿No ve que este hombre ya está muerto? Ya no lo puede matar.
- Juvenal.- ¡Lo voy a matar otra vez, y otra vez...!
- Antonio.- Va a ser en vano, ya no va a morir.
- Juan.- Termine de contar, compañero Juvenal, cómo fue que usted murió.
- Juvenal.- Bueno, cuando el Tío miró lo que habían hecho con mi ofrenda, se puso rabioso...
- Juan.- Me imagino.
- Juvenal.- ¡Se jaló los pelos, se mordió la lengua, se arañó la cara, se tiró contra la roca, y después empezó a escupir fuego...!
- Antonio.- ¿Y usted vio todo eso?
- Juvenal.- Sí. Y empezó a gritar, como un perro rabioso, y después dijo: ¡me van a pagar, me van a pagar!
- Juan.- Entiendo. Yo también me habría enojado.
- Antonio.- ¿Y qué cosas más hizo?
- Juvenal.- Después dio un coletazo, y rompió una pared, y después dio un cabezaso y derrumbó la mina, y ese derrumbe cayó sobre mí, y me mató.
- Juan.- ¡Qué terrible! Entonces usted murió a causa de la furia del Tío.

Juvenal.- ¡Sí! ¡Por culpa de ese! (SEÑALA A FACUNDO)

Antonio.- ¡Qué asunto más penoso!

Juan.- Pero, no entiendo...si el que ofendió al Tío fue don Facundo, ¿por qué el Tío se vengó en usted? ¿Por qué lo mató a usted que no le hizo nada, y que mas bien le estaba poniendo sus ofrendas?

Juvenal.- Es que el Tío es así. Cuando se enoja ya no ve nada, ya no oye nada, y todos tienen que escapar.

Antonio.- Lamentable. Y ahora, qué va a pasar?

Juvenal.- Ahora, por culpa de ese k'ara de mierda, yo me he quedado para siempre en la mina.

Juan.- ¿No lo van a sacar?

Juvenal.- No. El Tío me metió bien adentro y ya no podrían sacarme.

Antonio.- Realmente es una pena.

Juvenal.- Y ahora estoy condenado a caminar para siempre por el socavón...(LLORA)

Juan.- ¡Qué pena, compañero! Y usted, ¿no dice nada, don Facundo?

Facundo.- Yo le libré del pecado de la idolatría. Esa era mi misión.

Juan.- Pero, por culpa de su misión, el compañero Juvenal está condenado a penar eternamente por la mina. ¿No le da pena?

Facundo.- Yo cumplí con mi deber, como firme creyente y como defensor de la fe correcta.

- Juvenal.- Está bien...¡pero yo te voy a arrastrar a mi mina, y ahí vas a estar penando conmigo!
- Facundo.- Como quieras, pero si me llevas a tu mina, ¡yo seguiré combatiendo al Diablo!
- Juan.- ¿Se imaginan eso? ¡Don Facundo contra el Tío!
- Antonio.- Sería un extraordinario combate escatológico.
- Juan.- ¡Podríamos darle publicidad, y luego recibir apuestas, y ganar unas suculentas comisiones. ¿Nos dan los derechos?
- Facundo.- La lucha contra el diablo no creo que deba ser tomada como un juego.
- Juan.- No. Sería algo muy serio, dramático, (ENTUSIASMADO) ¡y eso le daría mayor emoción! Hagamos ya una estrategia de márketing.
- Antonio.- Calma, don Juan. No se olvide de que aquí hay un problema entre don Juvenal y don Facundo. Yo propongo que dejen de pelear, que nos sentemos todos, y que charlemos el asunto.
- Juan.- Está bien. Pero sin olvidarnos de mi propuesta que nos daría ganancias a todos.
- Antonio.- (LOS HACE SENTAR) Bueno, a pesar de lo que pasó, don Facundo y don Juvenal, ustedes no pueden estar peleando eternamente.
- Juvenal.- ¡Pero tengo que castigarlo!
- Facundo.- Más bien debería agradecerme.

- Antonio.- ¿De qué manera podrían convivir, sin estar chocando entre ustedes?
- Juan.- Lo mejor es que todo se vaya resolviendo en la mesa de juego.
- Antonio.- Sí. Esa podría ser una solución. Apuestan sus reclamos y sus diferencias, y si ganan, ganan y si pierden, pierden, y luego vuelven a apostar, y así, poco a poco, van resolviendo la situación.
- Juan.- A mí me parece una propuesta razonable.¿La aceptarían?
- Juvenal.- Pero yo le tengo que castigar.
- Antonio.- Ese castigo tendría que postergarse un poco. ¿Aceptaría don Juvenal?
- Juan.- Los mineros siempre han tenido un espíritu generoso. Acepte, compañero Juvenal.
- Juvenal.- Pero yo tengo que pensar un castigo.
- Antonio.- Ya sabe usted que don Facundo no puede morir, ni usted tampoco. Entonces no tiene sentido que se maten y se vuelvan a matar a cada momento.
- Juvenal.- Pero yo le tengo que castigar por lo que me hizo.
- Juan.- No sea vengativo, compañero.
- Juvenal.- (TERCO) No. Le tengo que castigar.
- Ubalдина.- (APARECE CAMINANDO LENTAMENTE) ¿Juvenal?

Juvenal.- (LEVANTÁNDOSE) ¡Ubaldina! ¡Uba! ¡Ubita!

Ubaldina.- ¡Juvenal!

Juvenal.- ¡Estoy muerto, Ubaldina!

Ubaldina.- Sí. Estás muerto. Y ahora, ¿qué vas a hacer?

Juvenal.- Ya nada puedo hacer. ¿Y qué vas a hacer vos?

Ubaldina.- Tengo que seguir trabajando por los chicos.

Juvenal.- ¡Qué pena que no te pueda ayudar!

Ubaldina.- No te preocupes. Igual, nomás, antes no me ayudabas nada.

Juvenal.- ¡Caray! Te has librado de mí, Ubaldina.

Ubaldina.- No hables así.

Juvenal.- ¿Por lo menos me lo vas a rezar?

Ubaldina.- Sí. Te lo voy a rezar.

Facundo.- (HABLANDO FUERTE, DE LEJOS) ¿No ve?
Ahora recién va a pedir que se lo recen.

Juvenal.- ¿No te vas a olvidar de mí, Ubaldina?

Ubaldina.- No. No me puedo olvidar. Vos sabes que siempre he sido fiel.

Juvenal.- ¿Y el peruano?

Ubaldina.- Ya no hables del peruano.

Juvenal.- ¿Dónde estará, no?

Ubaldina.- No sé dónde estará. Ni me importa.

Juvenal.- ¿Y si aparece?

Ubaldina.- Que aparezca, pues.

Juvenal.- Bueno, si aparece, a lo mejor te puede ayudar.
Vos necesitas ayuda.

Ubaldina.- No. Si aparece, me puede volver a robar, así que mejor que ni aparezca

Juvenal.- Ubaldina, en Todos Santos ¿me lo vas a poner una mesita?

Ubaldina.- Sí. Voy a poner una mesa, con masitas, con t'anta wawas, con maicillos, con bizcochuelo...con una cañas dulces para que las chupes.

Juvenal.- Sí puedes, pónmelo también una botellita de trago, para que me chupe.

Ubaldina.- No. Eso no voy a poner

Juvenal.- No te olvides de poner una escalerita, para que yo pueda subir desde el manq'a pacha, donde estoy ahora, hasta el acapacha, donde estás vos.

Ubaldina.- Voy a poner la escalerita, Juvenal. No te preocupes.

Juvenal.- (CON LA VOZ MEDIO QUEBRADA) ¿Todos los años me vas a esperar?

Ubaldina.- Todos los años te voy a esperar, Juvenal.

- Juvenal.- Así ya no voy a estar tan solo.
- Ubaldina.- De una cosa, nomás, me alegro, Juvenal.
- Juvenal.- ¿De qué cosa?
- Ubaldina.- De que en ese lugar donde estás, ya no vas a poder encontrar tantas cholitas como encontrabas aquí.
- Juvenal.- ¡Ah! (DESANIMADO) Tienes razón. ¡Qué zoncera, ché!
- Ubaldina.- Bueno. Tengo que llevar comida a la construcción. Me tengo que ir.
- Juvenal.- Está bien, Ubaldina. Que te vaya bien.
- Ubaldina.- A vos también.
- Juvenal.- No te olvides de mi mesita.
- Ubaldina.- No me voy a olvidar.
- Juvenal.- No te olvides de rezármelo y ponérmelo velitas.
- Ubaldina.- No me voy a olvidar.
- Juvenal.- Chau, Uba.
- Ubaldina.- Chau, Juvenal. (SE DA VUELTA Y SALE / JUVENAL LA MIRA SALIR Y LUEGO SE ENCAMINA A LA MESA)
- Juvenal.- ¿Qué linda mi cholita, no?
- Juan.- (CORRIGIENDO) Era tu cholita.

- Juvenal.- (LLORA UN POCO) Es verdad.
- Juan.- Compañero minero, ¡tengo una idea!
- Juvenal.- ¿Cuál idea?
- Juan.- Tú no puedes ir donde Ubaldina, ¿verdad?
- Juvenal.- No: Ya no puedo.
- Juan.- ¿Cómo ya no puedes ir, ¿qué te parecería si yo te lo voy, a cambio de un poco del oro que encuentres.
- Juvenal.- ¿Y para qué vas a ir?
- Juan.- Digamos, yo podría ir en tu lugar a...¡a tirarle esas pateaduras que de vez en cuando le tiras tú!
- Juvenal.- No. ¡No puedes hacer eso!
- Juan.- Bueno. Le pegaría con cariño, como le pegas tú, Como tú ya no puedes...
- Juvenal.- (TERMINANTE) ¡No!
- Juan.- Será a cambio de un poco de oro, si es que lo encuentras...
- Juvenal.- No, señor. A Ubaldina sólo le puedo pegar yo. (MIRANDO CON FURIA A FACUNDO) ¡Pero vos estás jodido conmigo!
- Antonio.- Bueno, calma. No comencemos otra vez.
- Juan.- Ya saben que entre ustedes, al final de cuentas, ya no se pueden hacer nada.

- Juvenal.- Pero yo le voy a castigar.
- Antonio.- ¿Y cómo podrías castigarle?
- Juvenal.- Todas las mañanas, todas las mañanas, sin faltar ni una, voy a llegar donde él, y le voy a hacer recuerdo que su jarrón se ha partido.
- Facundo.- (PALIDECIENDO) ¡No!
- Juvenal.- Para que no se olvide, le voy a hacer recuerdo de que su jarrón está hecho t'una, de que sus pedacitos están botados por el suelo, y de que encima les está cagando el perro.
- Facundo.- No. ¡Maldito! ¡Minero de alma cruel! ¡Dios te va a perseguir hasta el infinito!
- Juvenal.- Y a vos te a perseguir el Tío.
- Juan.- Bien. Si han dejado de perseguirse, voy a dar cartas.
- Antonio.- Reparta las cartas, amigo Juan, y a ver si así nos libramos de nuestras angustias.
- Juan.- Pero aquí tengo una idea.
- Antonio.- ¿Cuál idea?
- Juan.- ¿Qué tal si formamos dos equipos?
- Antonio.- ¿Y cómo así?
- Juan.- Para darle variedad, podríamos jugar los vivos contra los muertos.
- Antonio.- ¿Y quiénes serían los muertos?

Juan.- Don Facundo y el minero Juvenal.

Antonio.- ¿Y los vivos?

Juan.- Pues, usted y yo, don Antonio. Haríamos equipo.

Antonio.- ¿Y usted cree que nosotros estamos vivos?

Juan.- Claro, estamos vivos.

Antonio.- ¿Está seguro?

Juan.- Sí.

Antonio.- ¿Está muy seguro?

Juan.- (PENSANDO UN MOMENTO) ¿Eh? Bueno, al final no sé...

Antonio.- Piense, amigo Juan, piense...¿estamos vivos?

(SE VAN APAGANDO LAS LUCES Y EL TELÓN SE CIERRA LENTAMENTE).

La Paz, Febrero 201

